This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SUB ROBORE VIRTUS

~~UNS. 163 g. 12~~

TAYLOR INSTITUTION

DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

Vet. Span. II. B. 12

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION
CORREGIDA DENUEVO, CON NUEVAS NOTAS, CON NUEVAS ESTAMPAS, CON NUEVO ANALISIS, Y CON LA VIDA DE EL AUTOR NUEVAMENTE AUMENTADA

POR D. JUAN ANTONIO PELLICER
BIBLIOTECARIO DE S. M. Y ACADEMICO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

PARTE PRIMERA.

TOMO II.

EN MADRID
POR D. GABRIEL DE SANCHA
AÑO DE MDCCLXXXXVII.

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
31 JUL 1953
UNIVERSITY OF OXFORD

TABLA
DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO SEGUNDO.

CAP. XIV. *Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.* 1

CAP. XV. *Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar, con unos desalmados Yangueses.* 15

CAP. XVI. *De lo que le sucedio al Ingenioso Hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.* 25

CAP. XVII. *Donde se prosiguen los inumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal penso que era castillo.* 37

CAP. XVIII. *Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.* 49

CAP. XIX. *De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la*

aventura que le sucedio con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. 65

CAP. XX. *De la jamas vista ni oida aventura, que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.* 76

CAP. XXI. *Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.* 96

CAP. XXII. *De la libertad que dio Don Quixote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.* 113

CAP. XXIII. *De lo que le acontecio al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras que en esta verdadera Historia se cuentan.* 128

CAP. XXIV. *Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.* 145

CAP. XXV. *Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Man-*

cha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros. 157

CAP. XXVI. *Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.* 180

CAP. XXVII. *De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande Historia.* 193

CAP. XXVIII. *Que trata de la nueva y agradable aventura, que al Cura y Barbero sucedio en la misma Sierra.* 216

CAP. XXIX. *Que trata del gracioso artificio y orden que se tubo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperisima penitencia en que se hábia puesto.* 237

CAP. XXX. *Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.* 254

CAP. XXXI. *De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.* 268

CAP. XXXII. *Que trata de lo que sucedio*

en la venta á toda la quadrilla de Don Quixote. 281

CAP. XXXIII. *Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.* 290

Navarro inv.t et del. *Moreno Tejada sc.*

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO XIV.

DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOR, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS.

CANCION DE GRISOSTOMO[1].

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del aspero rigor tuyo la fuerza,
Hare que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza;
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas:
Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido

1 Cancion de Grisostomo. *El artificio de esta cancion admirable y singular consiste en componerse cada estan-*

Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso ahullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro[1] de algun monstruo, el agorero[2]
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable,

cia de 16. versos, todos endecasilabos, que rimando entre sí de un modo nuevo, el penultimo consuena con el hemistiquio del ultimo. Notase en ella alguna espresion humilde, y algun verso desmayado; pero puede sinembargo competir con la mejor de nuestros mejores poetas. La misma uniformidad de versificacion, sin alternar los versos cortos, manifiesta con mas viveza la pasion de este pastor furioso, que para escarmiento de los que se rinden á la tirania del amor profano, se mató desesperado, consintiendo en privarse del cielo para siempre segun se insinua en los dos versos ultimos de la estancia sesta, que dicen asi:

Ofrecere á los vientos cuerpo y *alma*
Sin lauro ó *palma* de futuros bienes.

Puede reputarse Cervantes por inventor de este genero de canciones: alomenos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fue el primero que las escribio, ni la trae Rengifo, ni se halla otra semejante entre las de Boscan, Lope de Vega, Esteban Rodriguez, Faria de Sousa, ni Bernaldez.

1 Baladro. *Esto es, el rugido, los ladridos y ahullidos de los endriagos, vestiglos y otros monstruos*, de quienes se oyeron en el castillo espantosos baladros. [*Espejo de Caballerias. P. I. c. 19.*]

2 Agorero. *Alusion al vers. 18. de la eglog. I. de Virgilio:*

Sepe *sinistra* cava prædixit ab ilice cornix:

Muchas veces lo pronosticó la agorera *corneja desde la hendida encina.*

Del ya vencido toro [1] el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del invidiado [2] buho; con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla
Salgan con la doliente anima fuera
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos;
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.
De tanta confusion no las arenas
Del padre Tajo oiran los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que alli se esparciran mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas:
O ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano:
O adonde el sol jamas mostro su lumbre:
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano [3]:

1 Vencido toro. *En la pelea en que disputa con otros el predominio sobre las vacas.*

2 Invidiado. *Como se dice en las primeras ediciones, no* enviudado, *como se ha sustituido en otras. El buho enmedio de ser ave funesta, tiene tan hermosos ojos, que las demas quieren sacarselos de envidia.*

3 El Nilo llano. *La noticia de que en las orillas del Nilo se crian sabandijas venenosas la adoptó al parecer Cervantes del lib. II. de Lucano, y del IX. la propiedad del adjetivo* llano, *por correr este rio por las llanuras de Egipto:*

Non minor hic Nilo, si non *per plana* iacentis
Ægypti Libicus Nilus stagnaret arenas:
No es menor este que el Nilo [*dice el traductor de Lu-*

Que puesto que en los paramos desiertos
Los ecos roncos, de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Seran llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia
O verdadera, ó falsa una sospecha:
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia:
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo [milagro nunca visto!] vivo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas, que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo desesperado la procuro;
Antes por estremarme en mi querella
Estar sin ella eternamente juro.
Puedese por ventura en un instante
Esperar y temer? ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quien no abrira de par en par las puertas
A la desconfianza, quando mira

cano Martin Laso de Oropesa] si el Nilo no se estendiese *por los llanos de Egipto*, y no hiciese sus estanques por las secas arenas de la Libia.

Descubierto el desden, y las sospechas
[O amarga conversion!] verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
O en el reyno de amor fieros tiranos,
Zelos! ponedme un hierro en estas manos:
Dame, desden, una torcida soga.
Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero enfin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estare en mi fantasia.
Dire que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor antigua tiranía:
Dire que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor, su imperio en justa paz mantiene:
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofrecere á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razon, que me fuerza á que la haga
A la cansada vida que aborrezco,
Pues ya vés que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga
De como alegre á tu rigor me ofrezco;
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas:

Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos;
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fue tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio trayga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Exion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto[1]:
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa,
Si ya á un desesperado son debidas,
Canten obsequias tristes doloridas:
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja:
Y el portero infernal de los tres rostros[2],
Con otras mil quimeras y mil monstruos,
Lleven el doloroso contrapunto:
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion Desesperada, no te quejes,

1 Que trabajan tanto. *Las 50. hijas de Danao, casadas con otros tantos primos hermanos, que la noche de las bodas por instigacion de su padre mataron á sus maridos, menos Hypermenestra, que perdonó la vida del suyo. Por cuyo delito fueron sentenciadas en el infierno á sacar agua con mucha fatiga de la laguna Estigia con cantaros horadados, la qual volviendo á caer en ella, trabajan en vano.*

2 De los tres rostros. *El Cancerbero, perro de tres gargantas, que guardaba las puertas del infierno segun fingieron los poetas.*

Quando mi triste compañia dexes;
Antes, pues que la causa do naciste[1]
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

Bien les parecio á los que escuchado habian la Cancion de Grisostomo, puesto que el que la leyó dixo que no le parecia que conformaba con la relacion, que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisostomo de zelos, sospechas y de ausencia: todo en perjuicio del buen credito y buena fama de Marcela. A lo qual respondio Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais desa duda, es bien que sepais que quando este desdichado escribio esta Cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, asi le fatigaban á Grisostomo los zelos imaginados y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas: y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela: la qual fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Asi es la verdad, respondio Vivaldo: y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, le estorbó una ma-

1 La causa do naciste. *Esto es, la misma Marcela, que convierte en propia felicidad la muerte del desesperado Grisostomo.*

rabillosa vision [que tal parecia ella] que improvisamente se les ofrecio á los ojos; y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, parecio la pastora Marcela tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio; y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos, que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado le dixo: ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida? ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? ó á pisar arrogante este desdichado cadaver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino[1]? dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas: que por saber yo que los pensamientos de Grisostomo jamas dexaron de obedecerte en vida, hare que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondio Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisostomo me culpan: y asi ruego á todos los que aqui estais

1 Tarquino. *Debe decir*: Servio Tulio, *que fue padre de Tulia, y no* Tarquino, *que fue marido.* [*Tit. Liv. l. 1. c. 46.*] *Este mas parece descuido del autor, que yerro de imprenta, por la falta de libros que tendria en la carcel.*

me estéis atentos, que no sera menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos.

Hizome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decis y aun quereis que esté yo obligada á amaros: yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo; y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quierote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo; pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos: que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en qual habian de parar, porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto asi, como yo creo que lo es; porqué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? sino decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amabades? quanto mas que habeis de considerar que yo no escogi la hermosura

que tengo, que tal qual es el cielo me la dio de gracia sin yo pedilla ni escogella; y asi como la vibora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habersela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á éllos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea no debe de parecer hermoso; pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? yo naci libre, y para poder vivir libre escogi la soledad de los campos: los arboles destas montañas son mi compañia, las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura: fuego soy apartado, y espada puesta lejos: á los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisostomo, ni á otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfia que mi crueldad[1]: y si se me hace cargo que eran hones-

1 Mi crueldad. *Este passage hace perfecto sentido con la puntuacion con que aqui se escribe, que es con la que debe escribirse, y la misma con que está escrito en la edicion del año de 1608. seguida en esta. En algunas impresiones posteriores se lee de este modo*: si los deseos se

tos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que quando en ese mesmo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrio la bondad de su intencion, le dixe yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? si yo le entretubiera, fuera falsa: si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto: porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si sera razon que de su pena se me dé á mí la culpa: quejese el engañado, desesperese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamarè, ufanese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito: el cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por eleccion es escusado: este ge-

sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisostomo ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir: que antes le mató su porfia que mi crueldad. *Cuya puntuacion destruye enteramente el sentido. Sinembargo se advierte en ellas que*: asi se halla este pasage en todas las ediciones inclusas las primeras. *Lo que no es verdad inquanto á la del año de 1608. que es una de las dos primeras; ni la es tampoco lo que se añade*: pero sobran las palabras *el fin de ninguno dellos*, ó lo que es mas regular faltan otras, que acaso se omitieron por olvido del autor, ó descuido del impresor; *pues ni sobran, ni faltan palabras, ni el autor, ni el impresor merecen ser culpados.*

neral desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiendase de aqui adelante que si alguno por mí muere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes: el que me llama fiera y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera: que si á Grisostomo mató su impaciencia y arrojado deseo, porqué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? si yo conservo mi limpieza con la compañia de los arboles, porqué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas: tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel: ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro: la conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por termino estas montañas, y si de aqui salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.

Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvio las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que alli cerca estaba, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura á todos los que alli estaban: y algunos

dieron muestras [de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos] de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo qual visto por Don Quixote, pareciendole que alli venia bien usar de su caballeria, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é intelegibles voces dixo: ninguna persona de qualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, sopena de caer en la furiosa indignacion mia: ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisostomo, y quan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambrosio les dixo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movio ni apartó de alli, hasta que acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, entanto que se acababa una losa que segun Ambrosio dixo pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aqui de un amador
El misero cuerpo helado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor:

Murio á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tirania de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pesame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quixote se despidio de sus huespedes y de los caminantes, los quales le rogáron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradecio el aviso, y el animo que mostraban de hacerle merced, y dixo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose á despedir denuevo le dexaron, y prosiguieron su camino en el qual no les faltó de qué tratar, asi de la historia de Marcela y Grisostomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda Parte[1].

1 *V.* Discurso Preliminar: §. *V.*

CAPITULO XV.

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA QUE SE TOPO DON QUIXOTE EN TOPAR CON UNOS DESALMADOS YANGUESES.

Cuenta el sabio Cide Hamete Ben Engeli que asi como Don Quixote se despidio de sus huespedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo, él y su escudero se entraron por el mesmo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él, buscandola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible y fresco tanto, que convidó y forzo á pasar alli las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apearonse Don Quixote y Sancho, y dexando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que alli habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañia amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rixoso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte, y el diablo que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros Yangueses, de los quales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acerto

á hallarse Don Quixote, era muy aproposito de los Yangueses. Sucedio pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo asi como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño tomó un trotillo algo picadillo, y se fue á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que parecio debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debio mas de sentir fue, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dixo Don Quixote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros sino gente soez y de baxa ralea: digolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Que diablos de venganza hemos de tomar, respondio Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quiza nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote; y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetio á los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Panza incitado y movido del exemplo de su amo: y á las primeras dio Don Quixote una cuchillada á uno que le abrio un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Yangueses, que se vieron maltratar de aque-

llos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quixote, sin que le valiese su destreza y buen animo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas, puestas en manos rusticas y enojadas.

Viendo pues los Yangueses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintio fue Sancho Panza; y hallandose junto á su señor con voz enferma y lastimada dixo: señor Don Quixote, ah señor Don Quixote? Qué quieres? Sancho hermano, respondio Don Quixote con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondio Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahi á mano, quiza sera de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aqui, desgraciado yo! qué nos faltaba? respondio Don Quixote: mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. Pues en quántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? re-

plicó Sancho Panza. De mí sé decir, dixo el molido caballero Don Quixote, que no sabre poner termino á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y asi creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballeria, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo: por lo qual, hermano Sancho, conviene que estes advertido en esto que ahora te dire, porque importa mucho á la salud de entrambos: y es que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo hare en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada, y castigalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabre defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habras visto por mil señales y esperiencias hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino. Mas no le parecio tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dexase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacifico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar: asique seale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondre mano á la espada ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aqui para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baxa, rico

ó pobre, hidalgo ó pechero, sin aceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le respondio: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla, se aplacara tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven aca, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenandonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tengo prometida, qué seria de tí, si ganandola yo, te hiciese señor della? pues lo vendras á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorio: porque has de saber que en los reynos y provincias nuevamente conquistados nunca estan tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad, para alterar denuevo las cosas, y volver como dicen á probar ventura: y asi es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondio Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro á fe de pobre hombre que mas estoy para vizmas que para platicas: mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento; jamas tal crei de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacifica como

yo: enfin bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quien dixera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y olandas claro está que sentiran mas el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballeria, digame vuestra merced si suceden muy amenudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete, amigo Sancho, respondio Don Quixote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propinqüa de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la esperiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudierate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mesmos se vieron antes y despues en diversas calamidades y mi-

serias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio teniendole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio[1]; y aun hay un autor secreto y de no poco credito que dice que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundio debaxo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos, y alli le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero; asique bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras espresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dira que queda apaleado aquel á quien

1 De un patio. *Dos veces cayo Amadis en poder del Rey Arcalaus: la una le tubo encantado: la otra le dexó caer en una como sima por medio de una trampa; pero no dice su historia que le diese azotes. Hizole si padecer hambre y sed; y aun en este trabajo fue socorrido con una empanada de tocino, y dos barriles de vino y agua, que en un cesto le descolgo la doncella muda, sobrina de Arcalaus, llamada Ginaida.* [*Cap. 19. y 69.*] *Quiza lo leeria Cervantes en otro libro de caballerias.*

dío con ella: digo esto porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos á lo que se me acuerda tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondio Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, quando me santiguaron los hombros con sus pinos de manera, que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quién el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen termino siquiera. Dexate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondio Don Quixote, que asi hare yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que marabillarse deso, respondio Sancho, siendo él tambien caballero andante: de lo que yo me marabillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin

costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dixo Don Quixote: digolo porque esa bestezuela podra suplir ahora la falta de Rocinante, llevandome á mí desde aqui á algun castillo, donde sea curado de mis feridas; y mas que no tendre á deshonra la tal caballeria, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa[1], quando entró en la ciudad de las cien puertas[2], iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad sera que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondio Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo qual respondio Don Quixote: las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan; asique, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levantame lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dixo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los paramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando estan enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol, y á la sombra, y á las inclemencias del cie-

1 Dios de la risa. *Baco.*
2 De las cien puertas. *Tebas.*

lo dos años sinque lo supiese su señora, y uno destos fue Amadis, quando llamandose Beltenebros se alojó en la peña Pobre ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estubo alli haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana: pero dexemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahi seria el diablo, dixo Sancho; y despidiendo treinta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veinte pesetes y reniegos de quien alli le habia traido, se levantó, quedandose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia. Levantó luego á Rocinante, el qual si tubiera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á menos acia donde le parecio que podia estar el camino real: y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrio una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfia, que tubieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XVI.

DE LO QUE LE SUCEDIO AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA, QUE EL IMAGINABA SER CASTILLO.

El ventero, que vio á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondio que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolia de las calamidades de sus proximos: y asi acudio luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huesped. Servia en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote[1], de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella

1 Llana de cogote. *Descogotada, como lo suelen ser algunos paisanos de Maritornes segun dice Covarrubias* [*Tesoro*] *y el autor de la Picara Justina* [*tom. 1. l. 11. p. 308.*] *Hablando Quevedo de otra moza, parecida á esta, que servia tambien en una venta, dixo:*

Corita en cogote,
Y Gallega en ancas,
Gran muger de pullas &c.

[*Parnaso: Musa Talia: romance XCVI.*]

quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas alla de la de nuestro Don Quixote; y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sabanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acosto Don Quixote: y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abaxo alumbrandoles Maritornes[1], que asi se llamaba la asturiana: y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal; y tambien le dixo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondio

1 Maritornes. *No es facil averiguar si Cervantes inventó este nombre, ó le adoptó de la palabra francesa* Malitorne, *que en el frances antiguo significa* mala muger. mulier improba. [*Lacombe. Diccion. du vieux françois.*]

Aug.te Navarro, delineavit.
P.re Duflos, Sculpsit

la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dixo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caido. Ahi está el toque, señora, respondio Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quixote. Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondio Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Qué es caballero aventurero? replicó la moza. Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondio Sancho Panza; pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos paletas[1] se ve apaleado, y Emperador: hoy está

1 En dos paletas. *En las primeras ediciones y en todas las demas se decia*: en dos palabras; *lo que se ha considerado en esta como yerro de imprenta.* En dos paletas [*dice el Diccionario de la Lengua*] brevemente, sin trabajo. *En el cap. 5. de la Parte II. dice Sancho á Teresa su muger*: pero si *en dos paletas*, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoria acuestas &c. *En el cap. 51. dice el mismo Sancho*: este negocio *en dos paletas* le declararé yo. *Y en el 60. decia Don Quixote á Roque Guinard*: donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que *en dos paletas* le pondra en el cielo.

la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendra dos ó tres coronas de reynos que dar á su escudero. Pues cómo vos siendolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondio Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quixote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor titulo de España.

Todas estas platicas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dixo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dira quien soy: solo os digo que tendre eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare, y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tubiera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata [que digo entre mis dientes]: que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero, que asi las entendian, como si hablara en griego: aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimien-

to y requiebros: y como no usadas á semejante lenguage mirabanle, y admirabanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos le dexaron; y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo.

Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le iria á buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandase: y cuentase desta buena moza que jamas dio semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado[1] establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arevalo segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun

1 Estrellado. *Destechado y descubierto, desde el qual se veian las estrellas.*

quieren decir que era algo pariente suyo[1]: fuera de que Cide Hamete Ben Engeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y echase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podran tomar exemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dexandose en el tintero ya por descuido, por malicia, ó ignorancia lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*: y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues que

1 Pariente suyo. *Los moriscos antes de su expulsion, que es quando escribia Cervantes, se empleaban en la agricultura y en los oficios mecanicos; pero con mas gusto en el exercicio arrieril, porque faltando de los pueblos, no eran notados de si oian misa, ó frequentaban las iglesias, disimulando asi su mahometismo oculto; y á esta ocupacion hipocrita y traginera [que por otra parte les proporcionaba ocasiones de robar y quitar la vida á los cristianos, que hallaban solos por los caminos] aludio acaso nuestro autor, diciendo que un moro verdadero, como era Cide Hamete, tenia algun parentesco con otro que solo tenia el barniz de cristiano. La abundancia de arrieros moriscos se infiere de un autor nuestro economico que escribia por los años de 1616.* Con la expulsion de los moriscos, *dice*, faltan quatro ó cinco mil arrieros en España, que con grande comodidad porteaban las cosas, que desde entonces se comenzaron á encarecer al par de la falta de tragin, pues por los años de 1608. y 1609. no nos llevaban mas de á 4. ó 5. reales por traer de Sevilla á Madrid una arroba de peso, y hoy los arrieros cosarios no la quieren traer menos de á 14. ó 15. y si es invierno, á 18. y á este tono lo demas. En el Tiemblo, que está 14. leguas de Madrid, lugar de 140. vecinos, donde habia 18. arrieros, no ha quedado hoy nin-

despues de haber visitado el arriero á su recua, y dadole el segundo pienso, se tendio en sus enxalmas, y se dio á esperar á su puntualisima Maritornes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lampara, que colgada en medio del portal ardia. Esta marabillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgrácia, le truxo á la imaginacion una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fue que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo [que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba] y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la qual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzo á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosia á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reyna Ginebra con su dueña Quintañona[1]

guno, y en Zalamea á 48. leguas de Madrid, que es de 10 vecinos, habia dicho año 25. arrieros, y hoy no hay mas de uno. [*Discursos politicos sobre la provision de la Corte. MS. Biblioteca Real.*]

1 Dueña Quintañona. *Las ediciones originales y las de-*

se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora [que para él fue menguada] de la venida de la asturiana, la qual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega[1] de fustan, con tacitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta, quando Don Quixote la sintio, y sentandose en la cama á pesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas, tendio los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quixote, el qual la asio fuertemente de una muñeca, y tirandola acia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le parecio ser de finisimo y delgado cendal: traia en las muñecas unas cuentas de vidro; pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidisimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia: y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le parecio que arroja-

mas decian en este pasage dama; *pero era una errata de imprenta manifiesta, no solo porque el mismo Cervantes la llama* dueña *en otros lugares* [*como se puede ver en los* capitulos 13. y 49. de esta Parte I.] *sino porque para* dueña *de la reyna Ginebra, y no para* dama, *la inventó el autor del libro de Lanzarote del Lago.*

1 Albanega. *Cofia, ó red de tela con que las mugeres recogian los cabellos.*

ba de su boca un olor suave y aromatico : y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo que habia leido en sus libros de la otra princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aqui van puestos : y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero ; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura : y teniendola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzo á decir : quisiera hallarme en terminos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho ; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible ; y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, unica señora de mis mas escondidos pensamientos : que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadisima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos,

desde el punto que entró su coyma[1] por la puerta la sintió, estubo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de Don Quixote, y estubose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciendole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, á cuyo gran ruido desperto el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiendola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fue acia donde habia sentido la pelaza. La moza viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogio á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y alli se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: adónde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto desperto Sancho, y sintiendo aquel bulto

1 Coyma. *Muger mundana.* [*Vocabulario de la Germania de Juan Hidalgo.*]

casi encima de sí, penso que tenia la pesadilla, y comenzo á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas á Maritornes, la qual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dio el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viendose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzandose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero qual andaba su dama, dexando á Don Quixote, acudio á dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fue á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia: y asi como suele decirse: el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil; y como quedaron á escuras, dabanse tan sin compasion todos á bulto, que á doquiera que ponian la mano no dexaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero[1] de los que se llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo[2], el qual oyendo asimis-

1 Quadrillero. *Los ministros de la Santa Hermandad, llamados asi, porque salian en quadrilla.*

2 Hermandad Vieja de Toledo. *Habiala en Toledo, Talavera, y Ciudad-Real. Componiase de caballeros y gente noble, y era condicion fuesen hacendados y poseyesen colmenares en los montes de Toledo. Tenia por instituto per-*

mo el estraño estruendo de la pelea, asio de su media vara y de la caxa de lata de sus titulos, y entró á escuras en el aposento, diciendo: tenganse á la justicia, tenganse á la Santa Hermandad; y el primero con quien topó fue con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: favor á la justicia. Pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dio á entender que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzo la voz diciendo: cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexo la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retirose el ventero á su aposento, el arriero á sus enxalmas, la moza á su rancho: solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudieron

seguir á los ladrones y salteadores, llamados golfines *antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero. Gozaba de muchos privilegios, que los confirmó S. Fernando en el año de 1220. Podian no solo prender y sustanciar las causas á los reos, sino sentenciarlos á muerte de saeta, que segun dice Francisco de Medina* [Grandezas de España: p. 196.] *se executaba en Peralbillo, ó Peroalbillo en el termino de Miguelturra cerca de Ciudad-Real. Carlos V. mandó que les diesen muerte antes de asaetearlos. Entre los individuos de que se componia su cabildo ó tribunal, habia un Quadrillero mayor, que ademas de los tenientes tenia en las ciudades, lugares y ventas otros quadrilleros comisarios, como lo era este que asio la barba de Don Quixote. Munster hizo el año de 1559. una puntual descripcion de esta hermandad ó tribunal en su* Cosmografia f. 60.

mover de donde estaban. Solto en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y salio á buscar luz para buscar y prender los delinqüentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lampara quando se retiró á su estancia, y fuele forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendio el quadrillero otro candil[1].

CAPITULO XVII.

DONDE SE PROSIGUEN LOS INUMERABLES TRABAJOS, QUE EL BRAVO DON QUIXOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA, QUE POR SU MAL PENSO QUE ERA CASTILLO.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzo á llamar diciendo: Sancho amigo, duermes? duermes, amigo Sancho? Qué tengo de dormir pesia á mí? respondio Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los dia-

1 Otro candil. *Este suceso de la desvergonzada Maritornes es uno de aquellos pasos ó situaciones, que como peligrosos para el lector incauto, reprehende justamente el abate Jaquelin; y el abate Garces.* [*Particulas de la Lengua Castellana: prologo del tom. II. p. 31.*] *Acaso no lo omitio Cervantes por imitar en todo los libros de caballerias, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. 25. se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Brandueta y el aventurero Galaor.*

blos han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer asi sin duda, respondio Don Quixote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber.... Mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondio Sancho. Digolo, replicó Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que si juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondio Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondio Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesia: y asi has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabre encarecer; y por contartela en breve, sabras que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar: qué te podria decir del adorno de su persona! qué de su gallardo entendimiento! qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso dexaré pasar intactas y en silencio! solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien, como la ventura me habia puesto en las manos, ó quiza [y esto es lo mas cierto] que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcisimos y amorosisimos colo-

quios, sinque yo la viese ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentome una puñada en las quixadas tal, que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, que estoy peor que ayer, quando los arrieros que por demasias de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondio Sancho, porque mas de quatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado; pero digame, señor: cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della qual quedamos? aun vuestra merced menos mal, pues tubo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo qué tube, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte! Luego tambien estás tú aporreado? respondio Don Quixote. No le he dicho que sí, pese á mi linage? dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo hare ahora el balsamo precioso, con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el quadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y asi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeza, y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó

á su amo: señor ¿si sera este adicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho: sino diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondio Don Quixote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el quadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso: bien es verdad que aun Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegose á él el quadrillero, y dixole: pues cómo va, buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondio Don Quixote, si fuera que vos: usase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El quadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceyte dio á Don Quixote con él en la cabeza, de suerte que le dexó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras, saliose luego, y Sancho Panza dixo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Asi es, respondio Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay paraque tomar colera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantasticas, no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levantate, Sancho, si puedes, y llama al alcayde desta fortaleza, y procura que se me dé un poco

de aceyte, vino, sal y romero para hacer el salutifero balsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue á escuras donde estaba el ventero, y encontrandose con el quadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dixo: señor, quienquiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en la venta. Quando el quadrillero tal oyo, tubole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyo de quanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quixote, que estaba con las manos en la cabeza quejandose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos; y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion él tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclandolos todos y cociendolos un buen espacio, hasta que le parecio que estaban en su punto: pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvio de ponello en una alcuza ó aceytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta paternostres, y otras tan-

tas avemarias, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el ventero y quadrillero: que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la esperiencia de la virtud de aquel precioso balsamo que él se imaginaba, y asi se bebio de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, quando comenzo á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estomago, y con las ansias y agitacion del vomito le dio un sudor copiosisimo, por lo qual mandó que le arropasen y le dexasen solo. Hicieronlo asi, y quedose dormido mas de tres horas, al cabo de las quales desperto, y se sintio aliviadisimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tubo por sano, y verdaderamente creyo que habia acertado con el balsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde alli adelante sin temor alguno qualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tubo á milagro la mejoria de su amo, le rogo que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad: concedioselo Don Quixote, y él tomandola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estomago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo; y asi primero que vomitase, le dieron tantas ansias y basças con tantos trasudores y desmayos, que él penso bien y ver-

daderamente que era llegada su ultima hora; y viendose tan afligido y congojado, maldecia el balsamo y al ladron que se lo habia dado. Viendole asi Don Quixote, le dixo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, para qué consintio que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzo el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Durole esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener. Pero Don Quixote, que como se ha dicho se sintio aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaba era quitarsele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su balsamo; y asi forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: pusose luego á caballo, y llegandose á un rincon de la venta, asio de un lanzon que alli estaba para que le sirviese de lanza. Estabanle mirando todos quantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mi-

rabale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensabanlo aquellos que la noche antes le habian visto vizmar.

Ya que estubieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadisimo á agradeceroslas todos los dias de mi vida: si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro, sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosias: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la orden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondio con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece quando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que está noche ha hecho en la venta, asi de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? replicó Don Quixote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respondio Don Quixote, que en verdad que pense que era castillo, y

no malo ; pero pues es asi que no es castillo sino venta, lo que se podra hacer por ahora es que perdoneis por la paga , que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes , de los quales sé cierto [sinque hasta ahora haya leido cosa en contrario] que jamas pagaron posada ni otra cosa en venta donde estubiesen[1], porque se les debe de fuero y de derecho qualquier buen acogimiento que se les hiciere , en pago del insufrible trabajo que padecen , buscando las aventuras de noche y de dia , en hibierno y en verano , á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo , y á todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso , respondio el ventero : pagueseme lo que se me debe, y dexemonos de cuentos ni de caballerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero , respondio Don Quixote ; y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon , se salio de la venta sinque nadie le detubiese : y él, sin mirar si le seguia su escudero , se alongó un buen trecho. El ventero, que le vio ir, y que no le pagaba , acudio á cobrar de Sancho Panza , el qual dixo que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria; porque siendo él escudero de caballero andante como era , la misma regla y razon corria por él como por su amo en no

1 Estubiesen. *No habia sin duda leido Don Quixote el*: Morgante Maggiore de Luis Pulci, *que en el canto 21. introduce á Orlando reventando de pena, porque no tenia dineros con que pagar la posada al ventero, que pretendia le dexase el caballo alomenos en prendas.*

pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo qual Sancho respondio que por la ley de caballeria que su amo habia recebido no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro de Cordoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y movidos de un mismo espiritu se llegaron á Sancho, y apeandole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huesped, y echandole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo, y alli puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas[1]. Las voces que el misero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el qual deteniendose á escuchar atentamente,

1 Como perro por carnestolendas. *Esta burla se usaba ya en la antiguedad. De Oton dice Suetonio* [*cap. 11.*] *que rondando de noche por las calles de Roma, si encontraba algun borracho, le manteaba, tendiendole en la ca-*

creyó que alguna nueva aventura le venía; hasta que claramente conocio que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallandola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral [que no eran muy altas] quando vio el mal juego que se le hacia á su escudero: viole baxar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mí que se riera. Probo á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y asi desde encima del caballo comenzo á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dexaron[1]. Truxeronle alli su asno, y subiendole encima le arroparon con su gaban; y la compasiva de Ma-

pa... distento sago impositum in sublime iactare: *y Marcial, hablando con su libro, dice que no se fie de alabanzas, porque á vuelta de ellas se burlarian de él, manteandole...*

Ibis ab excusso missus in astra sago.

[*Lib. I. Epig. 4.*]

1 Le dexaron. *Este manteamiento de Sancho es parecido al suceso de Fidelio, escudero de D. Florando de Inglaterra, quando yendo algo apartado de su amo, le asieron quatro fantasmas, y levantandole en el ayre, le atormentaron las carnes con tenazas encendidas, y pidiendo favor y ayuda, oyo su amo sus clamores: vuelve atras el caballo, y mirando el triste estado de su escudero, no le socorre, escusandose con que toda aquella pesada burla era mera apariencia, y no cosa real y verdadera.*

ritornes, viendole tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con un jarro de agua, y asi se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomole Sancho, y llevandole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves aqui tengo el santisimo balsamo [y enseñabale la alcuza del brebage] que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvio Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: ¿por dicha hasele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? guardese su licor con todos los diablos, y dexeme á mí: y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante, y rogo á Maritornes que se le truxese de vino, y asi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Asi como bebio Sancho, dio de los carcaños á su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas: verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó menos segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta asi como le vio fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los

caballeros andantes de la Tabla Redonda, no lo estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES QUE PASO SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIXOTE, CON OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado tanto, que no podia arrear á su jumento. Quando asi le vio Don Quixote, le dixo: ahora acabo de creer, Sancho el bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto, por haber visto que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballeria, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo[1] si pu-

1 *Dixo Sancho.*

diera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos segun los oi nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oi que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: asique, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estubo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho; y lo que seria mejor y mas acertado segun mi poco entendimiento fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexandonos de andar de zeca en meca[1] y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaque de caballeria! calla y ten paciencia, que dia vendra donde veas por vista de ojos quan hon-

1 De zeca en meca. *En Zaragoza habia un juez llamado de la Zeca: otros dicen que Zeca era una casa de devocion que tenian los moros en Cordova. Meca fue patria de Mahoma. Pudiera presumirse si por el sonsonete final de estas voces y por la distancia de los lugares se formó esta espresion vulgar, con que se significa una persona que vaguea, y que es traida de un lugar á otro, de uno en otro tribunal. En la* Resurreccion de Celestina [*scena 17.*] *de Elicia su criada dice Pandolfo*: aora la quiere casar despues de haber corrido á ceca y á meca, y á los olivares de Santander.

rosa cosa es andar en este exercicio: sino dime, qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Asi debe de ser, respondio Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es [que yo no hay para que me cuente en tan honroso numero] jamas hemos vencido batalla alguna sino fue la del Vizcaino, y aun de aquella salio vuestra merced con media oreja y media celada menos: que despues aca todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondio Don Quixote; pero de aqui adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada, hecha por tal maestria, que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun genero de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamaba: *El caballero de la Ardiente Espada*[1],

1 De la Ardiente Espada. *Mejor diria de la* Verde Espada. *Hablase aqui de Amadis de Gaula, porque en diciendo* Amadis *solamente, se entiende siempre por escelencia el de Gaula. El qual fue llamado*: el Caballero de la verde espada, *y en Alemania* no le sabian otro nombre sino el Caballero de la verde espada, *como se puede ver en los cap. LVI. LXX. y LXXIII. de su Historia. Entre las particularidades de esta espada, que era encantada, se contaba la de ser hecha su vayna de un hueso verde de*

que fue una de las mejores espadas que tubo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el balsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hara el cielo contigo.

En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero, quando vio Don Quixote que por el camino que iban, venia acia ellos una grande y espesa polvareda, y en viendola se volvio á Sancho, y le dixo: este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras, que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvareda que alli se levanta, Sancho? pues toda es cuaxada de un copiosisimo exercito que de diversas é inumerables gentes por alli

cierto pescado, tan diáfano, que se traslucia la hoja, y el encanto consistia en no poderse sacar de ella; pero la sacó Amadis de Gaula en una prueba ó aventura de leales amadores con la señora Oriana. El Caballero de la ardiente espada *fue Amadis de Grecia, por tener señalada una en el pecho* tan bermeja como una brasa; *y asi en la Parte I. cap. 66. de su Historia se dice*: como el Caballero de la ardiente espada se mudó el nombre, y se llamó Amadis de Grecia. *Conque se vé que aqui se equivoca un Amadis con otro.*

viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvio á mirarlo Don Quixote, y vio que asi era la verdad, y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna que eran dos exercitos que venian á embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de caballerias se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba, ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran exercitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, pues qué hemos de hacer nosotros? Que? dixo Don Quixote: favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pues porqué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quierense mal, respondio Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas

agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso haras lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondio Sancho; pero dónde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballeria no creo que está en uso hasta ahora? Asi es verdad, dixo Don Quixote: lo que puedes hacer dél es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque seran tantos los caballos, que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exercitos vienen, y para que mejor los veas y notes retiremonos á aquel altillo que alli se hace, de donde se deben de descubrir los dos exercitos. Hicieronlo asi, y pusieronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exercitos, si las nubes del polvo que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzo á decir.

Aquel caballero que alli ves de las armas jaldes[1],

1 Jaldes. *De color de oro ó amarillo.*

que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson, quando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro exercito al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miù*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana[1], que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique: el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es

1 Alfana. *Yegua grande y desmesurada de que usaban comunmente los gigantes, que se introducen en los libros de caballerias.*

el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano, que dice asi: *Rastrea mi suerte.* Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro esquadron que él se imaginaba, y á todos les dio sus armas, colores, empresas y motes deimproviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguio diciendo: á este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aqui estan los que beben las dulces aguas del famoso Xanto[1], los montuosos que pisan los Masilicos campos, los que criban el finisimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Betis[2], los que tersan y pulen sus rostros

1 Xanto. *Este rio, llamado por los dioses* Xanto, *y por los hombres* Scamandro, *es* famoso *entre otras causas por los muchos troyanos que mató Aquiles dentro de él, y en sus riberas, y por haber incendiado sus aguas el dios Vulcano.* [*Iliad. lib. XX. y XXI.*]

2 Olivifero Betis. *El Guadalquivir, cuyas aguas riegan muchos olivares. Y dixo Marcial:*

Bætis olivifera crinem redimite corona.

con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Xenil[1], los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Eliseos xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas[2], los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda[3], los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silboso[4] Pirineo, y con los blancos copos del levan-

Ceñid la cabellera del Betis con corona de olivo. [*Lib. 12. epigr. ultim.*]

1 Del divino Xenil. *Esto es*: rio semejante al Nilo, *como dice Covarrubias deduciendolo del arabe. El Nilo fecunda con sus inundaciones el Egipto, y por este beneficio era tenido por cosa divina. El Xenil fertiliza la vega de Granada, y por esta semejanza le llama Cervantes* divino, *y* provechosas *sus aguas. Los romanos le llamaron* Singillis, *y si Xenil se deriva de esta palabra, diriase que no ha lugar á la interpretacion arabiga* instar Nili, *ó* semejante al Nilo, *y que sinembargo le siguio nuestro autor.*

2 De rubias espigas. Al oriente de Toledo [*dice Pisa en su Historia l. 1. c. 27.*] estan las excelentes y muy fértiles tierras llamadas la Mancha y prioradgo de S. Juan, que en tres cosas, que son pan, vino y carne mas y mejor, exceden á todas las otras de España.

3 De la sangre goda. *Los vizcainos, que benefician muchas herrerias, y á cuyas montañas se retiraron los godos segun Cervantes y otros, quando entraron los moros en España, y como se supone que estos no penetraron alla, por eso juzga que los actuales cantabros ó vizcainos son reliquias de la sangre goda.*

4 Silboso. *Por el ruido y susurro que agitadas por el viento mueven las ramas y hojas de los muchos y diversos arboles de aquellos elevados montes.*

tado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra[1]. ¡Valame Dios y quantas provincias dixo; quantas naciones nombró, dandole á cada una con marabillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de quando en quando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dixo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto, alomenos yo no los veo, quiza todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Cómo dices eso? respondio Don Quixote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atamboţes? No oigo otra cosa, respondio Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y asi era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es

1 Contiene y encierra. *En la enumeracion de estos dos exercitos ó esquadrones imaginarios imitó Cervantes la que hace Homero* [*lib.* 20. *de la Iliada*] *de los capitanes y naves con que fueron los griegos á la conquista de Troya, y la de los troyanos y sus tropas auxiliares: y si los criticos la celebran tanto, no debe merecerles menos aprecio la de nuestro autor, vista su esquisita erudicion, la suavidad de estilo, y la propiedad de los peculiares atributos, con que caracteriza tantos pueblos y rios, en lo que seguramente compite con el poeta griego.*

que tanto temes, retirate á una parte y dexame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda. Y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre baxó de la costezuela como un rayo. Diole voces Sancho, diciendole: vuelvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuelvase: desdichado del padre que me engendró! qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvio Don Quixote, antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que seguis y militais debaxo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis quan facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzo de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dabanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñeronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: adónde estás, soberbio Alifanfaron? vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dandole

en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viendose tan mal trecho, creyo sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordandose de su licor, sacó su alcuza, y pusosela á la boca, y comenzo á echar licor en el estomago: mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevandole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegaronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y asi con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estabase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancabase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viendole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegose á él, y hallole de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y dixole: ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exercitos sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sabete, Sancho, que es muy facil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria, que vio que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los esqua-

A. D'avarre inv.t et del. *Moreno Escuela s.t.*

drones de enemigos en manadas de ovejas: sino haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejandose de aqui algun poco se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor: llegate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue á tiempo que ya habia obrado el balsamo en el estomago de Don Quixote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixo Sancho: y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el balsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que revolviendosele el estomago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho á su asno, para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló, estubo apunto de perder el juicio: maldixose denuevo, y propuso en su corazon de dexar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida insula. Levantose en esto

Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo [tal era de leal y bien acondicionado] y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viendole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo: sabete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: asique no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. Cómo no? respondio Sancho: por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Qué te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Si que me faltan, respondio Sancho. Dese modo no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respondio Sancho, quando faltaran por estos prados las yerbas, que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes, como vuestra merced es. Con todo eso, respondio Don Quixote, tomara yo ahora mas aina un quartal de pan, ó una hogaza, y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscorides, aunque

fuera el ilustrado por el doctor Laguna[1]: mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua; y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote; porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que asi se paraba á hacer un sermon ó platica en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea asi como vuestra merced dice, respondio Sancho, vamos ahora de aqui, y procuremos dónde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados: que si los hay dare al diablo el hato y el garabato. Pideselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu eleccion el alojarnos; pero dame aca la mano y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que

1 Laguna. *Andres de Laguna, natural de Segovia, medico del Papa Julio III. no solo ilustró ó anotó á Pedacio Dioscorides Anazarbeo, que trata de la* Materia medicinal, *sino que le traduxo de griego en castellano.*

alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole atentando le dixo: quántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondio Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondio Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba: que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballeria: sube, amigo, y guia, que yo te seguire al paso que quisieres. Hizolo asi Sancho, y encaminose acia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por alli iba muy seguido. Yendose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciendole alguna cosa, y entre otras que le dixo fue lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITULO XIX.

DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHO PASABA CON SU AMO, Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIO CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS.

Pareceme, señor mio, que todas estas desventuras, que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballeria, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir hasta quitar aquel almete de Malandrino[1] ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote, mas para decirte verdad ello se me habia pasado de la memoria; y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habermelo tú acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta; pero yo hare la enmienda, que modos hay de composicion en la orden de la caballeria para todo. Pues juré yo algo por dicha? respondio Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro; y por si ó por no, no sera malo proveernos de remedio. Pues si ello es asi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quiza

1 *Yelmo de Mambrino.*

les volvera la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras platicas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen, y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage; y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedio una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia: y fue que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian acia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmose Sancho en viendolas, y Don Quixote no las tubo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno y el otro de las riendas á su rocino, y estubieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzo á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quixote, el qual animandose un poco dixo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandisima y peligrosisima aventura, donde sera necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. Desdichado de mí! respondio Sancho: si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, adónde habra

costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentire yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podre yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen como la otra vez lo hicieron, dixo Sancho, qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen animo, que la esperiencia te dara á entender el que yo tengo. Si tendre, si á Dios place, respondio Sancho. Y apartandose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser; y de alli á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el animo de Sancho Panza, el qual comenzo á dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana, y crecio mas el batir y dentellear quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los quales venia una litera cubierta de luto, á la qual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas [que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban] iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta estraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo; y asi fuera enquanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuer-

zo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurosele que la litera eran andas, donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, pusose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y quando los vio cerca alzó la voz, y dixo: deteneos, caballeros, quienquiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venis, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondio uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó adelante. Sintiose desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno, dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar[1] á Don Quixote: el qual ya encolerizado, sin esperar mas

1 *Injuriar.*

enristrando su lanzon arremetio á uno de los enlutados, y mal ferido dio con él en tierra; y revolviendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba: que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y asi con facilidad en un momento dexaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las mascaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover; asique muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegandose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciendole que se rindiese, si no que le mataria. A lo qual respondio el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometera un gran sacrilegio, que soy Licenciado y tengo las primeras ordenes. Pues quién diablos os ha traido aqui, dixo Don Quixote, siendo hombre de iglesia? Quién, señor? replicó el

caido: mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si no me satisfaceis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad sera vuestra merced satisfecho, respondio el Licenciado; y asi sabra vuestra merced que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller[1], y llamóme Alonso Lopez: soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos á la ciudad de Segovia acompañan-

1 Bachiller. *No solo tenian entonces algunos la vanidad de llamarse licenciados, no siendo mas que bachilleres, y la de intitularse doctores, no siendo mas que maestros en artes; sino que otros se firmaban licenciados, no teniendo grado alguno. Dicelo el mismo Cervantes por boca del soldado, que hablando con su perro Gabilan, le dice*: ea, Gabilan, salta por la pompa y aparato de D.ª Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza Gallega que servia en Valdeastillas.... salta por el bachiller Pasillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno. [*Coloquio de los Perros: p. 402.*] *y lo confirma en la Novela del licenciado Vidriera.* [*p. 395.*] *Otros se gloriaban falsamente de haber recibido grados en universidades de fuera del reyno, como lo hizo uno de los interlocutores, que introduce el P. Pineda en los Dialogos de la Agricultura Cristiana.* Yo cursé, *dice Philótimo*, primero bien en Teologia, y oponiendome á beneficios, nunca me dieron alguno, y moria de hambre, y por remediarme cursé otros tres años en Medicina hasta graduarme de bachiller, y por no tener caudal para la costa del licenciamiento, quiso Dios que topé con un conde Palatino, tan hambriento como yo, en la venta de la Palomera, y convidele á un lomo costil y á una bota de vino de Robledo de Chavela, y alli me graduó de licenciado delante de los venteros, y de dos recueros, y tocaron la campana, que tienen en la chiminea para llamar con ella á los descarriados en tiempo de nieve. [*Dialogo I. f. 2. b.*] *Alguno de estos abusos no se ha remediado todavia.*

do un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murio en Baeza, donde fue depositado, y ahora como digo llevabamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. Y quién le mató? preguntó Don Quixote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondio el Bachiller. Desa suerte, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiendole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dexandome una pierna quebrada, la qual no se vera derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dexarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondio Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estubo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellos sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabades cosa mala y del otro mundo, y asi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos, y os acometiera aunque verdaderamen-

te supiera que erades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tube siempre. Ya que asi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante [que tan mala andanza me ha dado] me ayude á salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote; y hasta quando aguardabades á decirme vuestro afan? Dio luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acemila de repuesto, que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudio á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniendole encima della le dio la hacha; y Don Quixote le dixo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Dixole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama: *El Caballero de la Triste Figura.*

Con esto se fue el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle: *El Caballero de la Triste Figura* mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondio Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y

verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca que jamas he visto, y debelo de haber causado ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondio Don Quixote, sino que el sabio, á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habra parecido que sera bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados; qual se llamaba: *El de la Ardiente Espada*; qual: *El del Unicornio*; aquel: *El de las Doncellas*; aqueste: *El del ave Fenix*; el otro: *El Caballero del Grifo*; estotro: *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y asi digo que el sabio ya dicho te habra puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases: *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me quadre tal nombre determino de hacer pintar quando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para que, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho; sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imagen ni escudo, le llamarán: *El de la Triste Figura*: y creame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor [y esto sea dicho en burlas] que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho se podra muy bien escusar la triste pintura. Riose Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en

pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado, y dixole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *iuxta illud: Si quis suadente diabolo* &c. aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; quanto mas que yo no pense que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como catolico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y quando eso asi fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz, quando quebró la silla del embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y andubo aquel dia el buen Rodrigo de Bivar como muy honrado y valiente caballero[1]. En oyendo esto el Bachiller se fue como

1 Valiente caballero. *Esta es una de las historietas que andan en el vulgo de Rodrigo Diaz, natural de Bivar, llamado comunmente el Cid, ó el Señor, titulo adoptado de los moros. Cuentase en el 21. de sus Romances, en que se dice:*

En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete Reyes cristianos,
Y vio la del Rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abaxo.
Fuese á la del Rey de Francia,
Con el pie la ha derribado.
La silla era de marfil,
Hechola ha quatro pedazos:
Y tomó la de su Rey,
Y subiola en lo mas alto.
. . . . . .

queda dicho sin replicarle palabra. Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintio Sancho, diciendole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los vencio sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no hay que hacer mas sino retirarnos con gentil compas de pies; y, como dicen, vayase el muerto á la sepultura, y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno rogo á su señor que le siguiese, el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguio: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merenda-

El Papa quando lo supo
Al Cid ha descomulgado.
Sabiendolo el de Bivar
Ante el Papa se ha postrado:
Absolvedme, dixo, Papa,
Si no, seraos mal contado.
El Papa, padre piadoso,
Respondio muy mesurado:
Yo te absuelvo, Don Ruy Diaz,
Yo te absuelvo de buen grado,
Conque seas en mi Corte
Muy cortes y mesurado.

ron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estomagos con mas de una fiambrera, que los señores clerigos del difunto [que pocas veces se dexan mal pasar] en la acemila de su repuesto traian; mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tubo por la peor de todas, y fue que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITULO XX.

DE LA JAMAS VISTA NI OIDA AVENTURA, QUE CON MAS POCO PELIGRO FUE ACABADA DE FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO, COMO LA QUE ACABO EL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aqui cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y asi sera bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna. Mas no hubieron andado docientos pasos, quando llegó á sus oi-

dos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegroles el ruido en gran manera, y parandose á escuchar acia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguo el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco animo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche como se ha dicho escura, y ellos acertaron á entrar entre unos arboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiendose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acompañado de su intrepido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famo-

sos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna[1], y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos: las quales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras: pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi animo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: asique aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quedate á Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en los quales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde alli por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde diras á la incomparable señora mia Dulcinea: que su cautivo caballero murio por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyo las palabras de su amo, comenzo á llorar con la mayor

1 De la luna. *Alusion al rio Nilo que, naciendo en la alta Etiopia en el monte de la luna segun se creia antiguamente* [*Ptolomeo: Geograph. l. IV. al fin*] *se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas, ó cascadas.*

tenura del mundo[1], y á decirle : señor, yo no sé porqué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura? ahora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, menos habra quien nos note de cobardes : quanto mas que yo he oido muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro, perece en él : asique no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto ; y quan-

1 Del mundo. *En este paso como en otros muchos imitó Don Quixote á Amadis de Gaula, que disponiendose para la empresa de la altisima peña de la Doncella encantada, dixo á Grasindor* : yo quiero subir en esta roca... y vos ruego que me aguardeis aqui hasta mañana en la noche, que yo podre venir, ó faceros señal desde arriba como me va : y si en este comedio, al tercero dia no tornare, podreis creer que mi hacienda no va bien. *Quando la aventura del Endriago, que era un hombre monstruoso que tenia el diablo en el cuerpo, y despoblada la* insula *llamada* del Diablo *por hacer en ella su residencia, entrando Amadis en un valle de una enriscada montaña y peñas de muchas concavidades, dixo á su escudero* : da voces, Gandalin, porque por ellas podra ser que el Endriago á nosotros acudira : é ruegote mucho que si aqui muriese, procureis de llevar á mi señora Oriana mi corazon. Quando Gandalin esto oyo, no solamente dio voces, mas mesando sus cabellos, llorando dio grandes gritos, deseando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba. [*Historia de Amadis l. 3. c. 73. y l. 4. c. 130.*]

do todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muevale el pensar y creer que apenas se habra vuestra merced apartado de aqui, quando yo de miedo dé mi anima á quien quisiere llevarla: yo sali de mi tierra, y dexé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado, y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendi quando era pastor, no debe de haber desde aqui al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la medianoche en la linea del brazo izquierdo[1]. Cómo puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa linea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que

1 Del brazo izquierdo. *La constelacion, llamada por los astronomos* Ursa minor, *y por los pastores* Bocina *ó* Carro menor, *consta de ocho estrellas, inclusa la del norte ó polar. Alrededor de esta voltean las otras siete, que forman la figura de la bocina, cuerno, ó colodrillo. Para conocer la hora se figura una cruz, con su cabeza, pie y brazos izquierdo y derecho, y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura tambien qualquier hombre. En ella se suponen quatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En Agosto, que es quando parece su-*

dices, si hace la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Asi es, dixo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debaxo de tierra quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondio Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora, ni en ningun tiempo, que lagrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y asi te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendra cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aqui, que yo dare la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la ultima resolucion de su amo, y quan poco valian con él sus lagrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y asi quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante de manera, que quando Don Quixote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dixo: ea, señor, que el cielo comovido de mis lagrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos que-

cedio esta aventura, está la boca de la bocina encima de la cabeza de la cruz, haciendo algo mas de la medianoche en su brazo izquierdo: de modo que desde entonces á la alba faltan como unas tres horas.

reis porfiar, y espolear, y dalle, sera enojar á la fortuna, y dar coces como dicen contra el aguijon. Desesperabase con esto Don Quixote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura tubo por bien de sosegarse, y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y asi le dixo: pues asi es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondio Sancho, que yo entretendre á vuestra merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. A qué llamas apear, ó á qué dormir? dixo Don Quixote: soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondio Sancho, que no lo dixe por tanto; y llegandose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido. A lo qual Sancho di-

xo que si hiciera, si le dexara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y esteme vuestra merced atento que ya comienzo.

Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fue asi comoquiera, que fue una sentencia de Caton Zonzorino, romano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar*[1], que viene aqui como anillo al dedo para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguio Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un

1 Para quien le fuere á buscar. *Esta erudicion excede la capacidad de Sancho, que como buen prevaricador de palabras llamó* Zonzorino *á Caton Censorino. Rodrigo Caro* [*Dias Geniales: dialogo V. §. 3.*] *dice tambien que los muchachos y la gente rustica empezaba los cuentos con esta entradilla*: Erase lo que era: el mal que se vaya, el bien que se venga: el mal para los moros: el bien para nosotros; *y añade que en esto imitaban el dicho de Plutarco* [*in Symposio 6.*]:

Bulium foras, intro divitias & sanitatem.

El mal vaya fuera, y venga adentro la salud y el dinero. Y á Quinto Sereno Samonico:

Sed fortuna potens omen convertat in hostes.

Pero la fortuna poderosa convierta el mal aguero contra los enemigos [*los moros*].

pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la qual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuentalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondio Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondio Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Asique, señor mio de mi anima, prosiguio Sancho, que como ya tengo dicho este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que parece que ahora la veo. Luego conocistela tú? dixo Don Quixote. No la conoci yo, respondio Sancho; pero quien me conto este cuento me dixo que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo: asique yendo dias y viniendo dias, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fue segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dio tales, que pasaban de la raya, y llegaban á lo ve-

dado; y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas: la Torralba, que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedio, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los reynos de Portugal. La Torralba que lo supo se fue tras él, y seguiale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevaba segun es fama un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no sé qué botecillo de mudas[1] para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo: solo dire que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que

1 Mudas. *Colores postizos con que las mugeres se pintan las caras, cuyo vicio era todavia mas comun en el siglo pasado que ahora. Y decia una seguidilla, que llamaban de eco, de lás inventadas en tiempo de Cervantes:*

A porfia se juntan
Todas las damas,
A porfia se juntan, untan
Todas las caras.

[*Gonzalo Correas. Gramatica Castellana. Biblioteca Real: est. V. cod. 262. f. 160.*]

la Torralba venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lagrimas; mas tanto andubo mirando, que vio un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra; y con todo esto le habló, y concertó con él que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvio, y pasó otra, tornó á volver, y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no sera posible contar mas palabra dél. Sigo pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo qué diablos sé, respondio Don Quixote. He ahi lo que yo dixe, que tubiese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. Como puede ser eso? respondio Don Quixote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por estenso, que si se yerra una del numero no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondio Sancho, porque asi como yo pregunté á vuestra merced que me dixese quantas cabras habian pasado, y me respondio que no sabia, en aquel mismo instante se me fue á mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y á

fe que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondio Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dexarla jamas se podra ver ni habra visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me marabillo, pues quiza estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondio Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas qué decir, que alli se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras[1]. Acabe norabuena donde qui-

1 Pasage de las cabras. *Este cuento no es á la verdad original de Cervantes, pues aunque le varió y mejoró tanto, que le hizo suyo, tomó la sustancia de otro que se lee en* Le Cento Novelle antike, *que se hallan al fin de* Cento Novelle scelte *publicadas en Venecia año de 1571. Dice pues asi la novela XXXI. traducida del italiano en nuestra lengua*: Tenia el señor Azzolino un fabulador para que le contase cuentos en las noches largas del hibierno. Sucedio que una noche tenia este cuentista una gana extraordinaria de dormir; y el señor Azzolino le instaba que le refiriese alguna historieta. Y él empezo á referir la de un aldeano, que teniendo cien monedas de oro, fue á una feria á comprar cerdos, en la qual le dieron dos por cada moneda. Al volver con el ganado á casa, como hubiese crecido mucho el rio con las lluvias, llegó á su orilla, y vio á un pobre pescador que tenia un barco tan pequeño, que no cabia en él sino el aldeano y un cerdo. Empezo pues el aldeano á pasar con un cerdo solo. El rio era ancho: y el aldeano iba tirando el barco, y pasando. El señor Azzolino le dixo: pasad adelante con el cuento. Y él respondio: dexad que pasen los cerdos, y despues le proseguire: y supuesto que no pasarán en un año, po-

siere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornole á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural [que es lo que mas se debe creer] á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo; pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible: y asi lo que hizo por bien de paz fue soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se solto la lazada corrediza, con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna; y en quitandosela, dieron luego abaxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto [que él penso que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y

demos entretanto dormir á nuestro sabor. *El licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda trata de* frio *y* necio *el cuento referido por Cervantes* [*cap. XXI. p. 151.*] *y en competencia cuenta él otro por boca tambien de Sancho de una multitud de gansos, que tardaron no menos que dos años en pasar uno á uno por una puente muy angosta; pero lo cuenta con poca gracia, con menos agudeza, y con su estilo trivial y desaliñado. Sinembargo dice que lo hace para que* se conozca la diferencia del uno al otro, *y solo consigue que se conozca lo mucho que ciega el amor propio á algunos patrañeros.*

angustia] le sobrevino otra mayor, que fue que le parecio que no podia mudarse sin hacer estrepito y ruido, y comenzo á apretar los dientes y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fue tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyolo Don Quixote, y dixo: qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondio él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores acia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, quando él fue al socorro apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: pareceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondio Sancho: mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ambar, respondio Don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retirate tres ó quatro alla, amigo, dixo Don Quixote [todo esto sin quitarse los dedos de las narices] y desde aqui adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que

la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondio Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vio libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintio, y comenzo á dar manotadas, porque corvetas con perdon suyo no las sabia hacer. Viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia, lo tubo á buena señal, y creyo que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vio Don Quixote que estaba entre unos arboles altos que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintio tambien que el golpear no cesaba, pero no vio quien lo podia causar; y asi sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que alli le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho; y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tubiese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornole á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tubiese pena, porque él habia dexado hecho su testamento antes que saliera de su

lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida insula. Denuevo tornó á llorar Sancho, oyendo denuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dexarle hasta el ultimo transito y fin de aquel negocio. Destas lagrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enternecio algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo comenzo á caminar acia la parte por donde le parecio que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pie, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prosperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y arboles sombrios, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las quales se precipitaba un grandisimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las quales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotose Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegandole Don Quixote se fue llegando poco á poco á las casas, encomendandose de todo corazon á su señora, suplicandole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le

olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que andubieron, quando al doblar de una punta parecio descubierta y patente la misma causa, sinque pudiese ser otra de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido; y eran [si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo] seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vio lo que era, enmudecio y pasmose de arriba abaxo. Mirole Sancho, y vio que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vio Sancho que su amo habia comenzado, solto la presa de manera, que tubo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riyendo: quatro veces sosego, y otras tantas volvio á su risa con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyo decir como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aqui fue repitiendo todas ó las mas razones que

J. Navarro inv.t et del.

Moreno Tenada sc.

Don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla dél, se corrio y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon, y le asento dos palos tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondio Don Quixote. Venid aca, señor alegre: ¿pareceos á vos que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el animo que convenia para emprendella y acaballa? ¿estoy yo obligado adicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: sino haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echadmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisieredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasia; pero digame vuestra merced ahora que estamos en paz, asi Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? alomenos el que yo

tuble, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondio Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondio Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntandome á la cabeza, y dandome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldra en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas, ó reynos en tierrafirme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniese á ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aqui adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerias he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas: sí, que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fue de la Insula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado

el cuerpo *more turquesco*: pues qué diremos de Gasabal, escudero de D. Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la escelencia de su marabilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? de todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: asique desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cantaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario alomenos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho; pero querria yo saber [por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios] quanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses, ó por dias como peones de albañir. No creo yo, respondio Don Quixote, que jamas los tales escuderos estubieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fue por lo que podria suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballeria, y no querria que por pocas cosas penase mi anima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Asi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de

un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aqui adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó Don Quixote, viviras sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPITULO XXI.

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS A NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO.

En esto comenzo á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y asi torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De alli á poco descubrio Don Quixote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y aun él apenas le hubo visto, quando se volvio á Sancho y le dixo: pareceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma esperiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre: digolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscabamos engañandonos con los

batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia sera la culpa, sinque la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche: digo esto, porque si no me engaño acia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino[1] sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicó Don Quixote: qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondio Sancho; mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quiza diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? díxo Don Quixote: dime ¿no ves aquel caballero que acia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, res-

1 Yelmo de Mambrino. *Yelmo encantado, que hizo invulnerable al Rey moro Mambrino que le usaba: y asi Gradaso, Rey tambien de moros, sarracenos ó paganos, tampoco pudo matar á Reynaldos que le llevaba puesto, y se le habia quitado á Mambrino, como dice Mateo Boyardo* [*Orlando Enamorado lib. 1. cant. 4.*] *segun la traducion de Francisco Garrido de Villena:*

. . . . . El fuerte Sarracino
Con gran furia le dio un golpe de espada,
E cae amortescido el Paladino,
Que jamas recibio tan gran porrada:
Por el yelmo encantado de Mambrino
Tubo esta vez la vida asegurada.

pondio Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apartate á una parte, y dexame con él á solas, verás quan sin hablar palabra por ahorrar del tiempo concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios torno á decir que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dixo Don Quixote: que voto.... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quixote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, si; y asi el barbero del mayor servia al menor, en el qual tubo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traia una bacia de azofar; y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzo á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacia sobre la cabeza, y como estaba limpia desde media legua relumbraba; venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo: y esta fue la ocasion que á Don Quixote le parecio caballo rucio rodado, y caballero, y el yelmo de oro [que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerias y mal andantes pensamientos]: y quan-

do él vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, llevando intencion de pasarle de parte á parte; mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dixo: defiendete, cautiva criatura, ó entriegame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre sí, no tubo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fue el dexarse caer del asno abaxo; y no hubo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzo á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexose la bacia en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el qual viendose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo. El qual tomandole en las manos dixo: por Dios que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedi; y dandosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeandola á una parte y á otra buscandole el encaxe, y como no se le hallaba dixo: sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada; debia de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Quando Sancho oyo llamar á la bacia celada, no pudo tener la risa; mas vinosele á las mientes la colera de su amo, y calló en la mitad della. De qué te ries, Sancho? dixo Don Quixote. Riome, respondio él, de considerar la gran

cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacia de barbero pintiparada. Sabes qué imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun estraño acidente debio de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia viendola de oro purisimo debio de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacia de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerias para el dios de las batallas: y en este entretanto la traere como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas que bien sera bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso sera, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditisimo brebage que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondio Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aqui sea mi hora: quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si

vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dixo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sabete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerias: qué pie sacaste coxo? qué costilla quebrada? qué cabeza rota para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa burla fue y pasatiempo, que á no entenderlo yo asi, ya yo hubiera vuelto alla, y hubiera hecho en tu venganza mas daño, que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tubiera tanta fama de hermosa como tiene: y aqui dio un suspiro, y le puso en las nubes. Y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caeran de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas: pero dexando esto á parte, digame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aqui desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogio las[1] de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballeria quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no

1 Las. *Esto es*: las calzas.

fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: asique, Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, volvera por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballeria, pues no se estienden á dexar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondio Don Quixote; y en caso de duda, hasta estar mejor informado digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad estrema. Tan estrema es, respondio Sancho, que si fueran para mi misma persona no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron las sobras del real que del acemila despojaron[1], bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que los habian puesto; y cortada la colera y aun la malencolia subieron á caballo, y sin tomar determinado camino [por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto] se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso[2], que se

1 Despojaron. *Metafora tomada de los soldados, que despojan el real ó campo de los enemigos, donde suelen hallar abundancia de provisiones.*

2 Quiso. *Como Roldan*, que se fue á mas andar por don-

llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por dondequiera que guiaba en buen amor y compañia: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno.

Yendo pues asi caminando, dixo Sancho á su amo: señor, quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse. Dila, dixo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondio Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa; y asi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y asi me parece que seria mejor [salvo el mejor parecer de vuestra merced] que nos fuesemos á servir á algun emperador, ó á otro principe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien serviremos,

de el caballo le llevaba [*Espejo de Caballerias l. 2. c. 38.*]; *y como el Caballero del Febo, que dexó la rienda al caballo*, para que guiase á la parte, que mas su voluntad quisiese. [*P. II. l. 1. c. 4.*]

por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus meritos: y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballeria escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondio Don Quixote; mas antes que se llegue á ese termino es menester andar por el mundo como en aprobacion buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que quando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras; y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol[1], ó de la Serpiente[2], ó de otra insignia alguna, debaxo de la qual hubiere acabado grandes hazañas: este es, diran, el que vencio en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza: el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años; asique de mano en mano iran pregonando sus hechos, y luego al alboroto

1 El caballero del Sol. *Llamado asi, porque traia en el escudo un sol figurado con rayos resplandecientes. Introducese en* Palmerin de Oliva. [*cap. 43.*]

2 O de la Serpiente. *En la edicion primera de 1604. se dice de la* Sierpe. *Enmendolo el autor en la del año de 1608. porque quiso aludir á Esplandian, llamado el* Caballero de la Serpiente, *como se ve en los cap. 147. y 148.* Hago saber, *dice Radian*, á tí el Caballero Serpentino, que la fiesta de la gran Serpiente mandas y señoreas &c.

de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su Real palacio el Rey de aquel reyno: y asi como vea al caballero, conociendole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea, sús[1], salgan mis caballeros quantos en mi corte estan á recebir á la flor de la caballeria que alli viene: á cuyo mandamiento saldran todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechisimamente, y le dara paz besandole en el rostro[2], y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucedera tras esto luego en continente que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde alli le llevarán sin duda á algun quarto del palacio ricamente aderezado, donde habiendole quitado las armas, le traeran un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien parecio armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto[3]:

1 Sús. *Interjecion ya desusada, que viene acaso del adverbio* sursum: *arriba.*

2 Besandole en el rostro. *Asi como lo hizo el Rey Lisuarte con el* doncel Esplandian, que le tomó por la cabeza, y llegole á sí, y besole en la faz. [*Amadis de Gaula c. 117.*]

3 Farseto. *Voz italiana*: jubon *en castellano.*

venida la noche cenará con el Rey, Reyna é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirandola á furto de los circunstantes, y ella hara lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano[1] con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquisimo sabio, que el que la acabare sera tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el Rey que todos los que estan presentes la prueben, y ninguno le dara fin y cima sino el caballero huesped en mucho pró de su fama, de lo qual quedará contentisima la Infanta, y se tendra por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este Rey ó Principe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huesped le pide [al cabo de algunos dias

1 Feo y pequeño enano. Venian con la doncella [*se dice en el cap. 67. P. II. de Amadis de Grecia*] dos enanos tan feos, que espanto ponian. *De los libros de caballerias se introduxo acaso despues en los palacios de los Reyes y grandes señores la moda de los enanos y de las enanas, que tanto privó en España. Felipe III. tenia uno de estraña pequeñez, llamado Simon Bonami, á quien hizo un epitafio D. Luis de Gongora, que se halla al fin de sus romances, y á quien cierto autor nuestro dedicó un libro, diciendole que no estrañase su dedicatoria, supuesto que Pedro Aretino habia dedicado el suyo á una mona. Murio este enano por los años de 1616. segun dice el Dr. Cristobal Suarez de Figueroa, que por su pequeñez le llama* atomo de criatura: vislumbre de niño, *y deseaba tambien dedicarle su libro, eligiendole por su Mecenas.* [*El Pasagero: f. 92.*]

que ha estado en su corte] licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darasela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedira de su señora la Infanta por las rejas de un jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia[1]: suspirará él, desmayaráse ella, traera agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la Infanta volvera en sí, y dara sus blancas manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lagrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la Princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometerselo ha él con muchos juramentos: tornale á besar las manos, y despidese con tanto sentimiento, que estara poco por acabar la vida: vase desde alli á su aposento, echase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: diciendole [habiendose despedido de los

1 Mucho se fia. *Asi Oriana por medio de su doncella y confidente Mabilia hablaba á Amadis de Gaula* por una reja de hierro, que tenia su redecilla. [*Cap. 14.*] *Asi el Caballero de la Cruz fue á hablar con la Infanta Andriana* por las rejas de las ventanas del jardin, y por medio de Germana, su doncella, se prometieron los dos por marido y muger. [*Cap. 144.*]

dos] que la señora Infanta está mal dispuesta y que no puede recebir visita, piensa el caballero que es de pena de su partida: traspasasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vaselo á decir á su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de Reyes, ó no: asegura la doncella que no puede caber tanta cortesia, gentileza y valentia como la de su caballero sino en sugeto Real y grave: consuelase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y acabo de dos dias sale en publico. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciertase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios: no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que reyno, porque creo que no debe de estar en el mapa: muerese el padre, hereda la Infanta, queda Rey[1] el caballero en dos paletas. Aqui entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aque-

1 Queda Rey. *Asi Lucrecia decia á Bernardo del Carpio:*

Pero muerto mi padre, yo de hecho
Soy Reyna en Lombardia coronada,

llos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que sera sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal[1]. Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo[2], porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose: el Caballero de la Triste Figura. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mismo modo[3] y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores: solo falta ahora mirar qué Rey de los cristianos, ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habra para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ó por lo menos primo segun-

Y puedo bien, señor, de aqui decirte
Que ofrezco con el reyno de servirte.

[*Garrido cant. 38. v. 84.*]

1 Muy principal. *Este plan, que recopila aqui el autor, de las empresas, aventuras y fines que se proponian en ellas los caballeros andantes, se pudiera exôrnar y confirmar con mayor numero de autoridades y pasages de los libros caballerescos, á que alude para ridiculizarlos; pero se omite por no sobrecargar mas el texto.*

2 Me atengo. *Muestrase aqui Sancho tan engolfado en las alegres esperanzas de su amo, que se olvida de que estaba casado y con hijos en su tierra.*

3 Modo. *Este sustantivo se habia omitido en las primeras ediciones.*

do de Emperador; porque no me querra el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: asique por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey; porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos, que traen y derivan su descendencia de Principes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como piramides: otros tubieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron, y podria ser yo destos, que despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey, mi suegro que hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no aqui entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahi entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres

buenos: digolo, porque si el señor Rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino como vuestra merced dice roballa y trasponella; pero está el daño, que entanto que se hagan las paces y se goce pacificamente del reyno, el pobre escudero se podra estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podra creo yo desde luego darsela su señor por legitima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondio Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondio Don Quixote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote; y quando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sinque la compres ni me sirvas con nada, porque en haciendote conde, catate ahi caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar señoria mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea asi, respondio Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradia, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de

la misma cofradia: pues qué sera quando me ponga un ropon ducal acuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde estrangero? para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien pareceras, dixo Don Quixote; pero sera menester que te rapes las barbas amenudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le hare que ande tras mí, como caballerizo de Grande? Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se lo dire, respondio Sancho: los años pasados estube un mes en la corte, y alli vi que paseandose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande[1], un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no pa-

1 Que era muy grande. *Quien era este señor? Por las señas que da Sancho, pudiera conjeturarse que era D. Pedro Giron, duque de Osuna, virey primero de Sicilia, y despues de Napoles. Criose en las guerras de Flandes, donde hizo hazañas valerosas, porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada*: Las Niñezes del Duque de Osuna. *El gobierno de su vireynato de Napoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor estraordinario y pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la Historia, que tampoco olvida la parte que tubo en él su secretario D. Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y opulencia de su cuna, le hacian* un señor muy grande, *y la naturaleza le hizo* un señor muy pequeño. *Consta en efecto que era pequeño de cuerpo.* En conclusion [*dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calida-*

recia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras dél. Respondieronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales[1]: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que asi puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron auña, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quedese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey, y el hacerme conde. Asi sera, respondio Don Quixote, y alzando los ojos vio lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITULO XXII.

DE LA LIBERTAD QUE DIO DON QUIXOTE A MUCHOS DESDICHADOS, QUE MAL DE SU GRADO LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR.

Cuenta Cide Hamete Ben Engeli, autor arabigo y manchego, en esta gravisima, altisonante, mini-

des del Duque] él fue uno de los hombres grandes de su siglo, que de pequeño no tenia otra cosa que la estatura. Di picciolo non havea altro che la statura. [*Teatro de los Gobiernos de los Vireyes de Napoles: tom. II. p. 119.*]

1 Los tales. *Esta era en efecto la costumbre en tiempo de Cervantes.* Quando salga el señor fuera de casa á pasear ó hacer alguna visita, ha de ir el caballerizo detras á caballo, *decia el año de 1614. D. Miguel Yelgo en su* Estilo de servir á Principes. [*fol. 84.*]

ma, dulce é imaginada historia que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veinte y uno quedan referidas: que Don Quixote alzó los ojos, y vio que por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos: venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas; y que asi como Sancho Panza los vido, dixo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. Como gente forzada? preguntó Don Quixote: es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondio Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quixote, comoquiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Asi es, dixo Sancho. Pues desa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execucion de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidio á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondio que eran ga-

leotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadio á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aqui el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas ni á leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo diran, si quisieren; que sí querran, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerias. Con esta licencia, que Don Quixote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondio que por enamorado iba de aquella manera. Por eso no mas? replicó Don Quixote. Pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitarmela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondio el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo

que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondio palabra segun iba de triste y melancolico; mas respondio por él el primero, y dixo: este, señor, va por canario, digo que por musico y cantor. Pues como? repitio Don Quixote: por musicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondio el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Aca es al reves, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote. Mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non santa confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó: su delito era ser qüatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de docientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones, que alla quedan, y aqui van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco porque confesó, y no tubo animo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un nó, como un sí, y que harta ventura tiene un delinquente que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo asi, respondio Don Quixote; el qual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros: el qual depresto y con mucho desenfado respondio, y dixo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo dare

veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: digolo, porque si á su tiempo tubiera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la pendola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el qual oyendose preguntar la causa por qué alli venia, comenzo á llorar, y no respondio palabra; mas el quinto condenado le sirvio de lengua, y dixo: este hombre honrado va por quatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas, vestido en pompa y á caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la verguenza. Asi es, replicó el galeote: y la culpa, por qué le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: enefecto quiero decir que éste caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecia él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas, y á ser general dellas; porque no es asi comoquiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarisimo en la republica bien ordenada, y que no le debia

exercer sino gente muy bien nacida: y aun habia de haber veedor y exâminador de los tales, como le hay de los demas oficios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se escusarian muchos males, que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á menos, pagecillos, y truhanes de pocos años y de muy poca esperiencia, que á la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha[1]: quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenia hacer eleccion de los que en la republica habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora que la pena que me ha causado ver es-

1 Su mano derecha. *De la misma peligrosa opinion era un poeta contemporaneo de nuestro autor, que escribio un elogio de esta ocupacion indecente, donde se leen estos versos:*

No me engaña aficion. Usar debiera
Este exercicio afable dignamente
La gente en ciencia y calidad primera.
Un exâmen discreto y diligente
Se habia de hacer para otorgar el grado,
Y un colegio tambien para tal gente.

[*Biblioteca Real: est. M. cod. 82. p. 72.*] *Esta arriesgada doctrina reprehende el P. Fr. Juan de la Cerda, que hablando de estas tercerias dice*: anda en este tiempo [*que era el de Cervantes*] recibida de algunos la opinion de que no es baxeza el usar de tal oficio, no haciendole por interese; como si por esto no fuesen dignas del nombre de alcahuetas &c. [*Vida politica de todos los estados de las mugeres: tom. II. p. 484.*]

tas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro alvedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo como digo cosa imposible forzar la voluntad. Asi es, dixo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tube culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pense que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dexar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato: y aqui tornó á su llanto como de primero, y tubole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dio de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito: el qual respondio con no menos, sino con mucha mas gallardia que el pasado: yo voy aqui porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: proboseme todo, faltó favor, no tube dineros, vime apique de per-

der los tragaderos, sentenciaronme á galeras por seis años: consenti, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza: si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este iba en habito de estudiante, y dixo una de las guardas que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo, ó piedeamigo, de la qual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los quales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado de manera, que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondiole la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. Qué delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va

por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dixo entonces el galeote, vayase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voace dice, y cada uno se dé una vuelta alaredonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondio el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabra alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla, ó no. Pues no te llaman asi, embustero? dixo la guarda. Sí llaman, respondio Gines; mas yo hare que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes: señor caballero, si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la carcel en docientos reales. Y le pienso quitar[1], dixo Gines, si quedara en docientos ducados. Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondio Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se

1 Quitar. *Desempeñar.*

han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á voace es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quixote. *La Vida de Gines de Pasamonte*, respondio él mismo. Y está acabado? preguntó Don Quixote. Cómo puede estar acabado, respondio él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta ultima vez me han echado en galeras. Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey otra vez he estado quatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho[1], respondio Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas qué decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester; aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Habil pareces, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondio Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondio Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara paraque maltratase á los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Magestad manda: sino por vida de.... Basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y

1 Corbacho. *El rebenque ó latigo.*

viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se puso en medio, y le rogo que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tubiese algun tanto suelta la lengua; y volviendose á todos los de la cadena, dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carisimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco animo que aquel tubo en el torménto, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo qual se me representa á mí ahora en la memoria de manera, que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballeria que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: quanto mas, señores guardas, añadio Don Quixo-

te, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, alla se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y quando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo haran que lo hagais por fuerza. Donosa majaderia, respondio el comisario: bueno está el donayre con que ha salido acabo de rato: los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tubieramos autoridad para soltarlos, ó él la tubiera para mandarnoslo: vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondio Don Quixote: y diciendo y haciendo arremetio con él tan presto, que sinque tubiese lugar de ponerse en defensa, dio con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que

se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo asi de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciose mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo, habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la qual á campana herida saldria á buscar los delinquentes, y asi se lo dixo á su amo, y le rogo que luego de alli se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados y habian despojado al comisario hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos alaredonda para ver lo que les mandaba, y asi les dixo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende, es la ingratitud: digolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta esperiencia el que de mí habeis recebido, en pago del qual querria y es mi voluntad que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y alli os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su Caballero el

de la Triste Figura se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto os podreis ir donde quisieredes á la buena ventura[1]. Respondio por todos Gines de Pasamonte, y dixo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarias y credos que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podra cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar

1 A la buena ventura. *El libertar á los presos los caballeros andantes y enviarlos á que se presentasen á sus señoras entraba en el plan de sus proezas, y asi entró en el de Don Quixote, que en esto imitó tambien á Amadis de Gaula, que teniendo vencido al gigante Madarque, le concedio la vida con condicion: que habia de hacerse cristiano él y sus vasallos: que habia de fundar en sus tierras iglesias y monasterios: y que habia de soltar todos los presos que tenia en sus carceles: los quales eran ciento, y habia entre ellos treinta caballeros, y quarenta entre dueñas y doncellas, á quienes dixo Amadis quando llegaron á besarle agradecidos la mano: que* fuesen á la Reyna Brisena, y le dixesen como los enviaba su caballero de la Insula Firme, y que le besasen las manos por él. [*Lib. III. cap. 65.*]

Jos.h Navarro. delineavit. P.e Duflos. Sculpsit.

nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixo Don Quixote [ya puesto en colera] don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido [estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad] viendose tratar mal, y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartandose aparte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quixote, que no le acertasen no sé quantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caido, quando fue sobre él el estudiante, y le quitó la bacia de la cabeza, y diole con ella tres ó quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitaronle una ropilla que traia sobre las armas, y las mediascalzas le querian quitar, si las grevas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dexandole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cade-

na é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quixote: el jumento cabizbaxo y pensativo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quixote mohinisimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

DE LO QUE LE ACONTECIO AL FAMOSO DON QUIXOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUE UNA DE LAS MAS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA HISTORIA SE CUENTAN.

Viendose tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dixiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aqui adelante. Asi escarmentará vuestra merced, respondio Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido, se hubiera escusado este daño, creame ahora, y se escusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerias, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas

me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares, ó lo dixeres, y no me repliques mas; que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y, para aguardar aqui solo no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete mancebos[1], y á Castor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondio Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que, aunque zafio y villano, toda-

1 Los siete mancebos. *Asi se lee en las primeras ediciones, pero acaso en el original del autor se leeria* Macabeos; *palabra facil de equivocarse en la imprenta con la de* mancebos. *En la Historia eclesiastica se habla de siete hermanos martires; pero no consta que fuesen mancebos, y la hermandad mas famosa y conocida es la de los siete Macabeos.*

via se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: asique no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede; ó si no yo le ayudaré, y sigame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subio Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que alli junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase: animole á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro segun fue lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le parecio á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba; y asi hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordo de esconderse en aquellas montañas, y llevole su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los

dexó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe[1], y el remedio presente venza á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordo de hurtar el asno á Sancho Panza[2], no curandose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtole su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salio el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su Rucio, el qual viendose sin él, comenzo á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fue de manera que Don Quixote desperto á las voces, y oyo que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis[3] que ganaba cada dia, mediaba

1 A lo que se debe. *Asi en todas las ediciones. Acaso en el original del autor se diria* á lo que no se debe.

2 A Sancho Panza. *Vease una nota de la segunda Parte: cap. IV.*

3 Con veinte y seis maravedis. *Como no corria entonces tanto la moneda, valian mas baratos los comestibles. En la* Dorotea *de Lope convida á comer la vieja Gerarda á otra vieja amiga suya, y tratando de distribuir quatro reales que le daba Laurencio, criado de D. Bela, el indiano, dice en la pag. 227*: he aqui la olla: una libra de carnero catorce maravedis, media de vaca seis, son veinte: de tocino un quarto, otro de carbon, de peregil y cebollas dos maravedis, y quatro de aceytunas, es un real cabal: pues tres reales de vino entre dos mugeres de bien es muy poca manifatura: no hay para dos sorbos: añade, asi Dios te aña-

yo mi despensa! Don Quixote, que vio el llanto y supo la causa, consolo á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogo que tubiese paciencia, prometiendole de darle una cedula de cambio, para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dexado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpió sus lagrimas, templó sus sollozos, y agradecio á Don Quixote la merced que le hacia.

El qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansele á la memoria los marabillosos acaecimientos, que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado [despues que le parecio que caminaba por parte segura] sino de satisfacer su estomago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y asi iba tras su amo, cargado con todo aquello que habia de llevar el Rucio[1], sa-

da los dias de la vida. *Laurencio.* ¿Tres reales de vino, valiendo á doce maravedis la azumbre? *Es verdad que mas adelante por los años de 1614. quando escribia Cervantes la segunda Parte, valia en la Corte el pan á real, y la libra de carnero á cinco quartos, si no estaba mal informada la muger de Sancho Panza en su carta á la Duquesa.* [*cap. 52.*]

1 *En la edicion de 1604. se decia en este lugar*: sentádo á mugeriegas sobre su jumento, *y esta es la primera vez que el autor corrigio en la de 1608. el descuido de introducir á Sancho sobre su asno, hurtado ya por Pasamonte, de que se habla en el* Discurso Preliminar §. *I. y aunque lo enmendó tambien en otras ocasiones, pero no en todas.*

cando de un costal, y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura entretanto que iba de aquella manera un ardite. En esto alzó los ojos, y vio que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo qual se dio priesa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y quando llegó fue á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease[1] á tomarlos, y mandole su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro; y asi como los vio dixo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! y buscando mas, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido: este le pidio Don Quixote, y mandole que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besole las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: pareceme, Sancho [y no es posible que sea otra cosa] que algun caminante descaminado debio de pasar por esta sierra,

1 Apease. *Olvidase el autor del hurto del asno de Sancho.*

y salteandole malandrines, le debieron de matar, y le truxeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondio Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y asi no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas esperate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abriole, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que leyendole alto porque Sancho tambien lo oyese, vio que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion, que me condena
Al genero mas duro de tormento:
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto:
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habre de morir, que es lo mas cierto:
Que al mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahi se saque el ovillo de todo. Qué hilo está aqui? dixo Don Quixote. Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahi hilo. No dixe sino Fili,

respondio Don Quixote, y èste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte[1]. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondio Don Quixote, y veraslo quando lleves una carta escrita en verso de arriba abaxo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes musicos, que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espiritu que de primor[2]. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvio la hoja Don Quixote, y dixo: esto es prosa, y parece carta. Carta misiva, señor?

1 O yo sé poco del arte. *Aqui se califica Cervantes á sí mismo de razonable poeta, supuesto que él es autor de este soneto, que repitio como suyo en la tercera jornada de su comedia de la* Casa de los Zelos, y Selvas de Ardenia *en boca de Reynaldos, solo que en el de Don Quixote se habla con Filis:*

Si digo que sois vos, Fili, no acierto:

y en el de la comedia se habla con Angelica:

Si digo que es Angelica, no acierto.

2 Que de primor. *Poeta y musico fue con efecto Amadis, caballero andante de la edad pasada; pero sus canciones carecen verdaderamente no menos de primor, que de espiritu, como se ve por esta:*

Leonoreta sin roseta,
Blanca sobre toda flor:
Sin roseta no me meta
En tal culpa vuestro amor &c.

[*Amadis de Gaula lib. 2. cap. 54.*]

preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondio Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo habia rogado, vio que decia desta manera:

„Tu falsa promesa y mi cierta desventura me „llevan á parte, donde antes volveran á tus oidos „las nuevas de mi muerte, que las razones de mis „quejas. Desechasteme, ó ingrata! por quien tie„ne mas, no por quien vale mas que yo; mas si la „virtud fuera riqueza que se estimara, no envidia„ra yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias: „lo que levantó tu hermosura han derribado tus „obras: por ella entendi que eras angel, y por „ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, „causadora de mi guerra, y haga el cielo que los „engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, „porque tú no quedes arrepentida de lo que hicis„te, y yo no tome venganza de lo que no deseo."

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: menos por esta, que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribio es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. Entanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella ni en el coxin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no

se quedase nada por diligencia ni mal recado : tal golosina habian despertado en él los hallados escudos que pasaban de ciento ; y aunque no halló mas de lo hallado, dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciendole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado termino ; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curo de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con estraña ligereza : figurosele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por

muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flematico. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle: y asi mandó á Sancho que se apease del asno[1], y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podre hacer eso, respondio Sancho, porque en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo que me asalta con mil generos de sobresaltos y visiones; y sirvale esto que digo de aviso, para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Asi sera, dixo el de la Triste Figura; y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quiza toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondio: harto mejor seria no buscarle,

1 Del asno. *Otro olvido sobre el hurto del asno de Sancho.*

porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y asi fuera mejor sin hacer está inutil diligencia poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quiza fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el Rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondio Don Quixote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante[1], estamos obligados á buscarle y volverselos; y quando no le buscasemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: asique, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo: y asi picó á Rocinante, y siguiole Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte: y habiendo rodeado la montaña, hallaron en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia, era el dueño de la mula y del coxin.

Estandola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña parecio el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Diole voces Don Quixote, y rogole que baxase donde estaban. El respondio á gritos que

1 Casi delante. *Este lugar defectuoso en las dos ediciones primeras, haria sentido añadiendo estas palabras*: de aqui adelante; *ó estas otras*: á quien tenemos casi delante.

quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado sino de pies de cabras, ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondiole Sancho que baxase, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: diganme, han topado por ahi á su dueño? No hemos topado á nadie, respondio Don Quixote, sino á un coxin y á una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondio el cabrero; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece, y caya sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, respondio Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dexé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote: sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabre yo decir, dixo el cabrero, es que habra al pie de seis meses poco mas á menos que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que está ahi muerta, y con el mismo coxin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntonos que qual parte desta sierra era la mas aspera y escondida: diximosle que era esta donde ahora estamos; y es asi á la verdad,

porque si entrais media legua mas adentro, quiza no acertaréis á salir, y estoy marabillado de como habeis podido llegar aqui, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvio las riendas, y encaminó acia el lugar donde le señalamos, dexandonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar y volverse acia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde alli á algunos dias salio al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dio muchas puñadas y coces, y luego se fue á la borrica del hato, y le quitó quanto pan y queso en ella traia, y con estraña ligereza, hecho esto, se volvio á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le andubimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque: salio á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron á entender que era el que buscabamos: saludonos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo que no nos marabillasemos de verle andar de aquella suerte, porque asi le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta: rogamosle que nos dixese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que quando hubiese menester el sustento,

sin el qual no podia pasar, nos dixese dónde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que alomenos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores: agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los asaltos pasados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie: enquanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dixo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su platica con un tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los que escuchadole habiamos, si en él no le acompañaramos, considerandole cómo le habiamos visto la vez primera, y qual le veiamos entonces, porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que eramos rusticos los que le escuchabamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su platica, paró y enmudeciose, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estubimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lastima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, facilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dio á entender presto ser verdad lo que pensabamos, porque se levantó con gran furia del suelo

donde se habia echado, y arremetio con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitaramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ah fementido Fernando! aqui, aqui me pagarás la sinrazon que me hiciste: estas manos te sacarán el corazon, donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido: quitamossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos xarales y malezas de modo, que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el termino á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues aca con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitarselo por fuerza, porque quando está con el acidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguio el cabrero, que ayer determinamos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por

fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodovar, que está de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es, quando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza, como desnudez, que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante parecio por entre una quebrada de una sierra que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vio Don Quixote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia, era de ambar, por donde acabó de entender que persona que tales habitos traia, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesia. Don Quixote le volvio las saludes con no menos comedimiento, y apeandose de Rocinante con gentil continente y donayre, le fue á abrazar, y le tubo un buen espacio estrechamente

Aug.^{us} Navarro, delineavit. P. Dufloss. Sculpsit.

entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *El Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estubo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quiza de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion el primero que habló despues del abrazamiento, fue el Roto, y dixo lo que se dira adelante.

CAPITULO XXIV.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DE LA SIERRA MORENA.

Dice la historia que era grandisima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica dixo: por cierto, señor, quienquiera que seais [que yo no os conozco] yo os agradezco las muestras y la cortesia que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en terminos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondio Don Quixote, son de serviros tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la

estrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun genero de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo genero de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage y persona: y juro, añadio Don Quixote, por la orden de caballeria que recebi, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudandoos á llorarla, como os lo he prometido. El caballero del Bosque, que de tal manera oyo hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle, y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo hare todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos, como aqui se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su

zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y entanto que comia, ni él ni los que le miraban, hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendio en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sinque ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrompereis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxeron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acerto el numero de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguio diciendo: esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras denuevo, y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometio en nombre de los demas, y él con este seguro comenzo desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen animo que su poca edad permitia: sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que quando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: crecio la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fue esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida: ay cielos, y quantos billetes la escribi!

quan regaladas y honestas respuestas tube! quántas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me parecio que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fue el pedirsela á su padre por legitima esposa, como lo hice: á lo que él me respondio que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse ni darse á hurto: yo le agradeci su buen intento, pareciendome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dixese, y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixese palabra me la dio, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucia. Tomé, y lei la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mismo me parecio mal, si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que

me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia: lei la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando oi que mi padre me decia: de aqui á dos dias te partiras, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadio á estas otras razones de padre consejero. Llegose el termino de mi partida, hablé una noche á Luscinda, dixele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicandole se entretubiese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometio, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine enfin donde el duque Ricardo estaba, fui dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzo la envidia á hacer su oficio, teniendomela los criados antiguos, pareciendoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al estremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando, dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba,

especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego : queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos; y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual destas cosas tubiese mas escelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxeron á tal termino los deseos de D. Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible : yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal proposito ; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre ; mas D. Fernando como astuto y discreto se receló y temio desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado á no tener encubierta cosa, que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia, y asi por divertirme y engañarme me dixo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniesemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo : apenas le oi yo decir esto, quando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por

ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda: con este pensamiento y deseo aprobe su parecer y esforce su proposito, diciendole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio apesar de los mas firmes pensamientos; y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo habia gozado á la labradora con titulo de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedio pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que asi como D. Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora deveras procuraba irse por no ponerlos en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibiole mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir [aunque no habian estado muertos ni amortiguados] mis deseos, de los quales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabele la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan bue-

nas partes adornada : cumpliselos yo por mi corta suerte , enseñandosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos : viola en sayo tal , que todas las bellezas hasta entonces por él vistas , las puso en olvido : enmudecio , perdio el sentido , quedó absorto , y finalmente tan enamorado , qual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura ; y para encenderle mas el deseo [que á mí me zelaba , y al cielo á solas descubria] quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo , pidiendome que la pidiese á su padre por esposa , tan discreto , tan honesto y tan enamorado , que en leyendolo me dixo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento , que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas: bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veia con quan justas causas D. Fernando á Luscinda alababa , me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca , y comence á temer , y con razon á recelarme dél , porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratasemos de Luscinda , y él movia la platica , aunque la truxese por los cabellos , cosa que despertaba en mí un no sequé de zelos , no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda ; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba , y los que ella me respondia , á titulo que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaecio pues que habiendome pedido Luscinda un libro de caballerias en qué leer , de quien era ella muy afi-

cionada, que era el de Amadis de Gaula.... No hubo bien oido Don Quixote nombrar libro de caballerias, quando dixo: con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerias, no fuera menester otra exâgeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tubiera tan bueno, como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda; asique para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucolicas, cantadas y representadas por él con todo donayre, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podra venir en que se enmiende esa falta, y no dure mas en hacerse la enmienda de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que alli le podre dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdoneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de caballerias y de caballeros andantes, asi es en mi

mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna; asique, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso.

Entanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dixo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habra quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reyna Madasima. Eso no, voto á tal, respondio con mucha cólera Don Quixote [y arrojole, como tenia de costumbre] y esa es una muy gran malicia, ó bellaqueria por mejor decir: la reyna Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotras, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se lo dare á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estabale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya habia venido el acidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. Estraño caso! que asi volvio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora:

tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues que como ya Cardenio estaba loco, y se oyo tratar de mentis, y de bellaco con otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dio con él en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vio parar á su señor, arremetio al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibio de tal suerte, que con una puñada dio con él á sus pies, y luego se subio sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrio el mismo peligro; y despues que los tubo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fue con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudio á tomar la venganza del cabrero, diciendole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondio el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fue el fin de las replicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: dexeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Asi es, dixo Don

Quixote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvio á preguntar al cabrero si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandisimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si andubiese mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle ó cuerdo, ó loco.

CAPITULO XXV.

QUE TRATA DE LAS ESTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACION QUE HIZO A LA PENITENCIA DE BELTENEBROS.

Despidiose del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento[1] de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la platica por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aqui me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los quales por lo menos hablaré y departire todo lo que quisiere, porque

1 *Otro olvido del hurto: omitiendo los demas.*

querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondio Don Quixote: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de enquanto andubieremos por estas sierras. Sea asi, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que sera; y comenzando á gozar de ese salvo conduto, digo que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fe, Sancho, respondio Don Quixote, que si tú supieras, como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la reyna Madasima, yo sé que dixeras que tube mucha paciencia, pues no quebre la boca por donde tales blas-

femias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una Reyna esté amancebada con un cirujano: la verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dixo, fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvio de ayo y de medico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedaramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda[1]: pues montas, que no se librara Cardenio por loco! Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fue la reyna Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes, porque fuera de haber sido fermosa ademas, fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tubo muchas, y los consejos y compañia del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aqui tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten digo otra vez y mentiran otras docientas todos los que

1 Cohonda. *Pudra.*

tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondio Sancho; alla se lo hayan, con su pan se lo coman; si fueron amancebados ó no, á Dios habran dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas agenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente; quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo Don Quixote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! qué va de lo que tratamos, á los refranes que enhilas? por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus cinco sentidos que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballeria, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondio Sancho: ¿y es buena regla de caballeria que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quiza le vendra en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabandonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo

lo descubierto de la tierra : y sera tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondio el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echasemos azar en lugar de encuentro : pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia? dixo Sancho. Si, dixo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fue uno de los mas perfetos caballeros andantes : no he dicho bien fue uno, fue el solo, el primero, el unico, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo : mal año y mal mes para D. Belianis, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto : digo asimismo que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas unicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las republicas ; y asi lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostro Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintandolo, ni descubriendo-

lo[1], como ellos fueron, sino como habian de ser, para dar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes: desta misma suerte Amadis fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos què debaxo de la bandera de amor y de la caballeria militamos. Siendo pues esto asi, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estara mas cerca de alcanzar la perfecion de la caballeria; y una de las cosas en que mas este caballero mostro su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza y amor, fue quando se retiró desdeñado de la señora Oriana á hacer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: asique me es á mí mas facil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshacer encantamentos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efetos, no hay para que se dexe pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancho: qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondio Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aqui del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan, quando halló en una fuente

1 Descubriendolo. *Con mas propiedad se diria* describiendolo, *y acaso se diria asi en el original del autor.*

las señales de que Angelica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvio loco, y arrancó los arboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura? y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando [que todos estos tres nombres tenia] parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y penso, hare el bosquexo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podra ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Pareceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tubieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced qué causa tiene para volverse loco? qué dama le ha desdeñado? ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con moro, ó cristiano? Ahi está el punto, respondio Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado: quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio: quien está ausente todos los males tiene y teme; asique,

Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexe tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta, que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, sere loco deveras, y siendolo no sentire nada: asique de qualquiera manera que responda, saldre del conflito y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo; ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco; pero dime, Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondio Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo quanto me dice de caballerias, y de alcanzar reynos é imperios, de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamaremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? la bacia yo la llevo en el costal toda abollada, y llevola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gra-

cia, que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho; por el mismo que denantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tubo escudero en el mundo: qué? ¿es posible que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? y no porque sea ello asi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y asi eso que á tí te parece bacia de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecera otra cosa: y fue rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacia á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitarmele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostro bien en el que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dexara: guardale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como quando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan, que á Amadis.

Llegaron en estas platicas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y haciase por toda su

redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por alli muchos arboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogio el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y asi en viendole, comenzo á decir en voz alta, como si estubiera sin juicio: este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moveran á la continua las hojas destos montaraces arboles en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quienquiera que seais, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura; ó vosotras Napeas y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! asi los ligeros y lascivos satiros, de quien sois aunque envano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó alomenos no os canseis de oilla[1]: ó Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! asi el cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle, que consideres el lu-

1 *Imitacion de Garcilaso en la Egloga III.*

gar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen termino correspondas al que á mi fe se le debe: ó solitarios arboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañia á mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia: ó tú, escudero mio, agradable compañero en mis prosperos y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aqui me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello. Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dandole una palmada en las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte! vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aqui estubiera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, quando Dios queria: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va deveras, que sera bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque sera ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré, ni quando volvere, porque en re-

solucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondio Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aqui á tres dias te partiras, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues qué mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondio Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podra llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la maquina desta penitencia; y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aqui necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con darselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y dexeme á mí el cargo, que yo dire á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondio Don Quixote; mas quierote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son deburlas, sino muy deveras, porque de otra manera seria contravenir á las ordenes de caballeria, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: asique mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sinque lleven nada del sofistico

ni del fantastico; y sera necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondio Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruegole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, quanto y mas el estomago; y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de termino para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y dire marabillas á mi señora, y escriba la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote; mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondio Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondio Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél ni puede, lo qual sera al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y pongame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dire tales cosas de las necedades y locuras [que todo es uno] que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volvere por los ayres como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno

y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la qual como tengo dicho no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dira otra cosa. Asi es la verdad, dixo el de la Triste Figura: pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadio Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiesemos como hacian los antiguos en hojas de arboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso sera hallarse eso ahora como el papel: mas ya me ha venido á la memoria dónde sera bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tú tendras cuidado de hacerla trasladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entendera satanas. Pues qué se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondio Don Quixote. Está bien, respondio Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, diran que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viendola mi Sobrina no pondra dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondras por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*; y hara poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia,

porque mis amores y los suyos han sido siempre platonicos, sin estenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podra ser que destas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho: qué? ¿la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar que la tubiere por señora: ó hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de alli mas de media legua, asi la oyeron, como si estubieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre: ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse y ahorcarse, que

nadie habra que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre; y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aqui he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, asi el del Vizcaino, como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero: pero bien considerado, qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos, que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estubiese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riyese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, ro-

llizo y de buen tomo : alcanzolo á saber su mayor[1], y un dia dixo á la buena viuda por via de fraternal reprehension : marabillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota como fulano[2], habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: este quiero, aqueste no quiero. Mas ella le respondio con mucho donayre y desenvoltura : vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe y mas que Aristoteles : asique, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra : sí, que no todos los poetas que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su albedrio les ponen, es verdad que las tienen : ¿piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los tea-

1 Su mayor. *O mayoral del mozo, que lo era de mulas ó de la labranza: ó algun pastor, pues estas dos clases ó comunidades entre otras tienen su mayor, mayoral, ó capataz.*

2 Fulano. *Dice Rodrigo Caro que* fabulano *y* statano *eran entre los gentiles dioses de los muchachos: el uno para que los enseñase á hablar, y el otro á andar: y que de aqui se dixo acaso* fulano *y* zutano: *esto es, unas personas de quienes nada sabemos, sino que hablan y andan.* [*Dias Geniales: dial. 5. §. 4.*] *Otros derivan el* fulano *del hebreo.*

tros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen[1] por dar sugeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y asi bastame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun habito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo: porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es asi, sin que sobre ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, asi en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, griega, barbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no sere castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondio Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para que nombro asno

1 Las mas se las fingen. *Esta espresion no escluye que algunas no fueron fingidas, sino verdaderamente damas de carne y hueso, como lo fue la* Diana *de Jorge de Montemayor* [*V. P. I. c. VI. p. 64.*] *y pudo serlo tambien la* Galatea *del mismo Cervantes, como se dice en su* Vida.

en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartandose á una parte, con mucho sosiego comenzo á escribir la carta, y en acabandola llamó á Sancho, y le dixo que se la queria leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondio Sancho: escribala vuestra merced dos ó tres veces ahi en el libro, y demele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso digamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que asi dice, dixo Don Quixote.

CARTA DE DON QUIXOTE A DULCINEA DEL TOBOSO.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

„El ferido de punta de ausencia, y el llagado „de las telas del corazon, dulcisima Dulcinea del „Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu „fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi „pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, ma„güer que yo sea asaz de sufrido, mal podre sos„tenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte, „es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te „dara entera relacion, ó bella ingrata, amada ene-

„miga mia! del modo que por tu causa quedo: „si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz „lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vi„da, habre satisfecho á tu crueldad y á mi deseo."

TUYO HASTA LA MUERTE

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa, que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced allí todo quanto quiere, y qué bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*! digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondio Don Quixote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me place, dixo Don Quixote; y habiendola escrito, se la leyo, que decia asi:

„Mandará vuestra merced por esta primera de „pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi „escudero tres de los cinco que dexé en casa, y „estan á cargo de vuestra merced: los quales tres „pollinos se los mando librar y pagar por otros „tantos aqui recibidos decontado, que con esta, „y con su carta de pago seran bien dados. Fecha „en las entrañas de Sierra Morena á veinte y sie„te de Agosto deste presente año."

Buena está, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondio Sancho: dexeme, ire á ensillar á Rocinante, y aparejese á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo dire que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester asi, quiero, y digo que me veas encueros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las hare en menos de media hora, porque habiendolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegurote que no diras tú tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo encueros á vuestra merced, que me dara mucha lastima, y no podre dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento; quanto mas, que para mí no era menester nada dèso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparejese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago á coces y á bofetones; porque dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra

merced se vuelva loco, sin que ni para que, por una?... no me lo haga decir la señora; porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. A fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondio Sancho, mas estoy mas colerico; pero dexando esto aparte, qué es lo que ha de comer vuestra merced entanto que yo vuelvo? ha de salir al camino como Cardenio á quitarselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondio Don Quixote, porque aunque tubiera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos, que este prado y estos arboles me dieren: que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dixo Sancho: sabe vuestra merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo; segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dixo Don Quixote, y aun tendre cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando vuelvas; quanto mas, que lo mas acertado sera, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aqui hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las quales te serviran de mojones y señales para que me halles quando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo[1]. Asi lo hare, res-

1 Teseo. *En lugar de* Perseo, *como por yerro de imprenta se decia en las primeras ediciones y en las demas.*

pondio Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos se despidio dél: y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quixote encomendo mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habia aconsejado; y asi se fue, aunque todavia le importunaba Don Quixote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, quando volvio, y dixo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que paraque pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, sera bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decia yo? dixo Don Quixote; esperate, Sancho, que en un credo las hare: y desnudandose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dio dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo y los pies en alto, descu-

pues segun la fabula fue Teseo, y no Perseo quien salio del laberinto con el hilo; y el mismo Cervantes dixo en el cap. 48: ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tubieses la soga de Teseo. *En quanto á las señales de las ramas, de la misma traza se valio antes que Don Quixote el marques de Mantua para no perderse en un bosque*:

Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare,
Acia do sintio la voz
Empieza de caminare;
Las ramas iba cortando
Para la buelta acertare.

[*Cancionero de Anveres: 1555. 16. f. 32.*]

briendo cosas que por no verlas otra vez, volvio Sancho la rienda á Rocinante, y se dio por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y asi le dexaremos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve.

CAPITULO XXVI.

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS, QUE DE ENAMORADO HIZO DON QUIXOTE EN SIERRA MORENA.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vio solo, dice la historia que asi como Don Quixote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subio sobre una punta de una alta peña, y alli tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello; y era que qual seria mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las melancolicas; y hablando entre sí mismo decia: si Roldan fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué marabilla? pues alfin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiendole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendio y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles; pero dexando en él lo de la valentia á una parte, ven-

gamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdio por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dio el pastor de que Angelica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y page de Agramante[1]: y si él entendio que esto era verdad y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, asi como él es en su mismo trage[2], y que se está hoy como la madre que la parió: y hariale agravio manifiesto, si imaginan-

1 Agramante. *Medoro fue page y amigo del sarraceno Dardinel ó Dardinelo, no de Agramante. Vease una nota sobre estos personages.* [*P. II. c. 1.*]

2 En su mismo trage. *Alusion contra los moriscos, porque vestidos del trage del pais, y hablando la lengua castellana, eran muchos de ellos verdaderos moros; y aunque Dulcinea no hubiese visto jamas ningun moro con turbante y cimitarra, veria algunos en su patria el Toboso, donde se avecindaron muchos moriscos traidos de las Alpuxarras de Granada, como dixeron los naturales de aquel pueblo el año de 1575. en las Relaciones que pidio á los de España Felipe II.* [*tom. IV. c. 7. que con otros existe en la Real Academia de la Historia*] *y asi salieron de él el año de 1611. cincuenta y quatro familias, ó doscientas y sesenta y nueve personas, como dice el P. Fr. Marcos de Guadalaxara.* [*Prodicion y destierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote: fol. 39. b.*] *Esta avenida de los moriscos granadinos fue con otras la causa de la escesiva poblacion, á que llegó el lugar del Toboso, pues dice D. Diego de la Mota* [*Origen de la Orden de Santiago: p. 209.*] *que el año de 1468. tenia ciento y quarenta vecinos, y el de 1598. mil y docientos.*

do otra cosa della, me volviese loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo que Amadis de Gaula sin perder el juicio y sin hacer locuras alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana [que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad] *de que* [1] se retiró á la peña Pobre en compañia de un ermitaño, y alli se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrio en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos arboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere; del qual se dira lo que del otro se dixo: que si no acabó grandes cosas, murio por acometellas [2]; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fue rezar, y asi lo hare yo: y sirvieronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un

1 De que. *Estas palabras estan repetidas.*

2 Por acometellas. *Alusion á Faetonte, que rigiendo los caballos del sol su padre, se precipitó.* [*Ovid. Metamorph. l. 11.*]

diez[1], y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así se entretenia paseandose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los arboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen:

Arboles, yerbas y plantas,
[Que en aqueste sitio estais
Tan altos, verdes y tantas]
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas:
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote
Aqui lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
del Toboso.

1 De que hizo un diez. *No solo los aventureros, sino los doce pares de Francia echaban mano del rezo en sus contratiempos, y alternativas de devocion y locura. Asi del conde Dirlos, despues de haber repartido los despojos de la vitoria del moro Aliarde ó Soldan de Persia, dice el romance viejo:*

Solo él se ratraia
Sin querer algo tomare,
Armado de armas blancas
Y cuentas para rezare,
Y tan triste vida hacia
Que no se puede contare.

[*Cancionero de Anveres: año de 1555. 16. fol. 10. b.*]

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo, ó por donde:
Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea:
Y asi hasta henchir un pipote
Aqui lloró Don Quixote.
Ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
[Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras]
Hiriole amor con su azote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debio de imaginar Don Quixote que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *el Toboso*, no se podria entender la copla: y asi fue la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribio, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los rios, á la dolo-

rosa y humida Eco que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse entanto que Sancho volvia: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió[1].

1 La madre que lo parió. *Esta penitencia de Don Quixote es uno de los pasos mas principales en que imitó á Amadis de Gaula, que como dice Cervantes era su original y modelo. Acababa Amadis de conquistar la Insula Firme, que era encantada: tenia siete leguas de largo y cinco de ancho, y por estar metida en el mar, se llamaba* Insula, *ó* Insola; *y por la parte de tierra por donde se entraba á ella, se llamaba* Firme. *Retirose despues Amadis á la corte de Sobradisa, donde reynaba la hermosa Briolanja. Sabelo la sin par Oriana, y llevada de unos imaginados zelos, escribele una carta llena de rabiosas quejas, mandandole no compareciese mas en su presencia. El sobrescrito de la carta decia asi:* yo soy la doncella herida de punta de espada por el corazon, y vos soys el que me feristes: *enviala por medio del doncel Burin. Recibela Amadis, leela, y desesperase: dexa sus aventuras, y se retira á una selva á hacer penitencia: despidese de su escudero Gandalin: siente no poder hacerle grandes mercedes: dexale por gobernador de la Insula Firme al modo que con el tiempo llegó á serlo tambien Sancho Panza de la Barataria: da principio Amadis á su estravagante penitencia baxo la direccion de un ermitaño llamado Andalod, que vivia en una ermita, internada siete leguas en la mar sobre una peña alta y estrecha llamada la* peña Pobre. *Pidele Amadis que le mude el nombre para no ser conocido; y atendidas su belleza esterior y sus angustias interiores, le puso el de* Beltenebros, *ó el de* el Bello tenebroso: *esto es, hermoso en el cuerpo, y triste, melancolico y opaco en el animo; y por eso dixo Cervantes que era nombre* significativo y propio. *Los exercicios de su penitencia se reducian á asistir á visperas, á confesarse con el ermi-*

Y sera bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandaderia: y fue que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le parecio que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzo á que llegase junto á la venta, todavia dudoso si entraria, ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: digame, señor Licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro

tallo, á oir su misa, y rezar otras devociones; pero sobre todo á gemir, suspirar, y anegarse en lagrimas vivas, que las derramaba tan gordas como nueces. Notese que esta penitencia no provenia de devocion verdadera, sino de desesperacion, y que en ella no se proponia Amadis otro fin, que el de volver á la gracia y amistad escandalosa de su señora Oriana. Porque los caballeros andantes componian con su moral poco rigida estas devotas apariencias con mil robos, con mil estrupos, con mil injusticias y con mil insolencias, juzgando que se compensaban estas fechorias con desafiar á jayanes ó paganos [que por traer los libros de caballerias origen de las cruzadas del Oriente, se suponian sarracenos ó turcos] pues ó los mataban en obsequio de la Religion, ó si se convertian y bautizaban, les conservaban la vida en obsequio de la misma. En medio de sus lagrimas componia tambien Amadis algunas canciones poeticas, que él mismo entonaba y cantaba; *y por imitarle finge tambien Cervantes á Don Quixote musico y poeta, como se ve aqui y en la P. II. c. 46. quando con* una

aventurero que habia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conocieronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los quales asi como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciendole: amigo Sancho Panza, adónde queda vuestro amo? Conociolos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar, y la suerte dónde y cómo su amo quedaba: y asi les respondio que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si

voz ronquilla *cantó á la vihuela un romance compuesto y entonado por él, para que le oyese Altisidora, la doncella de la Duquesa. Mas el penitente y enamorado manchego no se muestra tan devoto, como su prototipo; porque ni oia misa, ni asistia á visperas, ni se confesaba, teniendo tan á mano al licenciado Pero Perez, su parroco, especialmente el tiempo que andubo en su compañia en Sierra Morena. Sin duda no quiso Cervantes mezclar las cosas sagradas con las profanas en esta ficcion caballeresca; y aun el tiempo que faltó el Cura al gobierno de sus feligreses, parece se puede disculpar con el zelo que le llevó á buscar la oveja perdida de Don Quixote, y restituirla al aprisco de su aldea, como en efecto la restituyó: en cuya vuelta y reducion intervino la discreta Dorotea, como en la de Amadis la doncella de Dinamarca, que por medio de una carta que le entregó Oriana, le sacó de la ermita, y le llevó á Miraflores cerca de Londres.* [*Amadis de Gaula lib. 2. c. 44. y sig. lib. 3. c. 65. lib. 4. c. 128.*]

vos no nos decis dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo: en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les conto de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el genero della, siempre que la oian se admiraban denuevo: pidieronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase. A lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordo de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaba el libro, fuesele parando mortal el rostro, y tornandose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos

puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dio media docena de puñadas en el rostro, y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el Barbero, le dixeron que qué le habia sucedido, que tan mal se paraba? Que me ha de suceder, respondio Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondio Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de quatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les conto la perdida del Rucio. Consolole el Cura, y dixole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamas se aceptaban ni cumplian. Con esto se consolo Sancho, y dixo que como aquello fuese asi, que no le daba mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar donde y quando quisiesen. Decilda, Sancho, pues, dixo el Barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pie, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y alcabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo alcabo de grandisimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que

de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No dira, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Asi es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia... si mal no me acuerdo... *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*: y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aqui iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura.* No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabaronsela mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, paraque ellos ansimesmo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornola á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvio á decir otros tres mil disparates: tras esto conto asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar: dixo tambien como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser Emperador, ó por lomenos Monarca, que asi lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy facil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siendolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierrafirme, sin insulos, ni insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto re-

poso, limpiandose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron denuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciendoles que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades: y asi le dixeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia, ó por lomenos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. A lo qual respondio Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los Arzobispos andantes[1] á sus escuderos. Suelenles dar, respondio el Cura, algun beneficio simple, ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para eso sera menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lomenos; y si esto es asi [desdichado de yo,

1 Andantes. *Al modo que lo fue en aquellos tiempos caballerescos el arzobispo Turpin segun Luis Pulci en su* Morgante Maggiore; *y en otros mas modernos se puede decir que lo fue tambien en cierto modo el arzobispo de Burdeos, que siendo almirante ó general de la armada de Luis XIII. dio una batalla naval el año de 1638. á D. Lope de Hozes, general de la nuestra.* [*Real Biblioteca: est. H. cod. 71.*]

que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.] qué sera de mí, si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aqui rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arzobispo, porque le sera mas facil, á causa de que él es mas valiente que estudiante. Asi me ha parecido á mí, respondio Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inutil penitencia, que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, sera bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaria alli fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen alli algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron, y le dexaron, y de alli á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian, y fue que dixo al Barbero que lo que habia pensado era, que él

se vestiria en habito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediria un don, el qual él no podria dexarsele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimismo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

CAPITULO XXVII.

DE COMO SALIERON CON SU INTENCION EL CURA Y EL BARBERO, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE QUE SE CUENTEN EN ESTA GRANDE HISTORIA.

No le parecio mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra: pidieronle á la ventera una saya y unas tocas, dexandole en prendas una sotana nueva del Cura: el Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas: el Cura le conto en

breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña, donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huesped el del balsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion la ventera vistio al Cura de modo que no habia mas que ver: pusole una saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Vamba. No consintio el Cura que le tocasen, sino pusose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñose por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo antifaz, con que se cubrio muy bien las barbas y el rostro: encasquetose su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol, y cubriendose el herreruelo, subio en su mula á mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roxa y blanca, como aquella que como se ha dicho era hecha de la cola de un buey barroso: despidieronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar un rosario aunque pecadora porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio, como era el que habian emprendido. Mas apenas hubo salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento: que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente

que un sacerdote se pusiese asi, aunque le fueso mucho en ello; y diciendoselo al Barbero, le rogo que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y qué él haria el escudero, y que asi se profanaba menos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fue informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quixote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondio que sinque se le diese licion, él lo pondria bien en su punto: no quiso vestirse por entonces hasta que estubiesen junto de donde Don Quixote estaba; y asi dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Panza. El qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venia: que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar, donde Sancho habia dexado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dexado á su señor, y en reconociendole, les dixo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habian dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo

era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dixese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dio la carta á Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciendole: que le mandaba, sopena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser Emperador ó Monarca, que en lo de ser Arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese Emperador, y no Arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos mas podian los Emperadores, que los Arzobispos andantes: tambien les dixo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sinque ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Panza decia, y asi determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos arboles que por alli estaban. El calor y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que

por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora las tres de la tarde, todo lo qual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando pues los dos alli sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades; y mas quando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron, estos:

Quien menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.
Y quien prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza,
Desdenes, zelos y ausencia.

Quien me causa este dolor?
Amor.
Y quien mi gloria repuna?
Fortuna.

Y quien consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo yo recelo
Morir deste mal estraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

Quien mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor quien le alcanza?
Mudanza.
Y sus males quien los cura?
Locura.
De ese modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Quando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los quales se estubieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico, que con tan buena voz cantaba; y queriendolo poner en efeto, hizo la misma voz que no se moviesen, la qual llegó denuevo á sus oidos, cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impireas salas:

Desde alla quando quieres nos señalas,
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Dexa el cielo, ó amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar, si mas se cantaba; pero viendo que la musica se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos; y no andubieron mucho, quando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado quando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre, quando los vio, sin sobresaltarse estubo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, quando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado [como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido] se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogo y persuadio que aquella tan miserable vida dexase, porque alli no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso acidente,

que tan amenudo le sacaba de sí mismo; y asi viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algun tanto, y mas quando oyo que le habian hablado en su negocio, como en cosa sabida; porque las razones que el Cura le dixo, asi lo dieron á entender, y asi respondio desta manera: bien veo yo, señores, quienquiera que seais, que el cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniendome delante de los ojos con vivas y varias razones quan sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiza me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio; y no seria marabilla que asi fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho entanto que aquel terrible acidente me señorea, y no sé mas que dolerme envano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á quantos oirla quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marabillarán de los efetos, y si no me dieren remedio,

alomenos no me daran culpa, convirtiendoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quiza despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciendole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio, ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzo su lastimera historia casi por las mesmas palabras y pasos que la habia contado á Don Quixote y al cabrero pocos dias atras, quando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro á la caballeria, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detubo el acidente de la locura, y le dio lugar de contarlo hasta el fin: y asi llegando al paso del billete que habia hallado D. Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA A CARDENIO.

„Cada dia descubro en vos valores que me obli„gan y fuerzan á que en mas os estime, y asi, si „quisieredes sacarme desta deuda sin executarme „en la honra, lo podreis muy bien hacer: padre

„tengo que os conoce, y que me quiere bien, el „qual sin forzar mi voluntad cumplira la que se„ra justo que vos tengais, si es que me estimais, „como decis y como yo creo."

Por este billete me movi á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efetuase: dixele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tubiese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer qualquier otro linage de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo: en resolucion le dixe que no me aventuraba á decirselo á mi padre asi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber quales eran, sino que me parecia que lo que yo desease, jamas habia de tener efeto. A todo esto me respondio D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. O Mario ambicioso! ó Catilina cruel! ó Sila facineroso! ó Galalon embustero! ó Vellido traidor! ó Julian vengativo! ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿que deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrio los secretos y contentos de su corazon?

qué ofensa te hice? qué palabras te dixe, ó qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? mas de qué me quejo, desventurado de mí! pues es cosa cierta que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abaxo, despeñandose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡quien pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese dondequiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aun no poseia! pero quedense estas consideraciones aparte, como inutiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues que pareciendole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efeto de que me ausentase [para poder mejor salir con su dañado intento] el mismo dia que se ofrecio á hablar á mi padre, los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. Pude yo prevenir esta traicion? pude por ventura caer en imaginarla? no por cierto, antes con grandisimo gusto me ofreci á partir luego, contento de la buena compra hecha: aquella noche hablé con Luscinda, y le dixe lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tubiese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella

me dixo, tan segura como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fue, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y un nudo se le atraveso en la garganta, que no le dexaba hablar palabra de otras muchas que me parecio que procuraba decirme: quedé admirado deste nuevo acidente hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablabamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras platicas lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura, por habermela dado el cielo por señora: exâgeraba su belleza, admirabame de su valor y entendimiento: volviame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza: con esto nos contabamos cien mil niñerias y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se estendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baxa reja que nos dividia; pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella lloró, gimio y suspiró, y se fue, y me dexó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribui á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren: enfin yo me

parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado: di las cartas al hermano de Don Fernando: fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar bien á mi disgusto ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduria: y todo fue invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego: orden y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiendola dexado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedeci como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los quatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dio, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra dél era suya: abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme, estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia: preguntele al hombre antes de leerla quién se la habia dado, y el tiempo que habia tardado en el camino. Dixome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priesa le dixo: hermano, si sois cristiano como pareceis, por amor

de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro, que aqui traigo con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vio cómo yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dixe que haria lo que me mandaba: y asi viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito que erades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien; y obligado asimismo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á darosla, y en diez y seis horas que ha que se me dio, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. Entanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas de manera, que apenas podia sostenerme. En efeto abri la carta, y vi que contenia estas razones:

„La palabra, que D. Fernando os dio de ha„blar á vuestro padre para que hablase al mio, la „ha cumplido mucho mas en su gusto, que en „vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha „pedido por esposa, y mi padre llevado de la ven„taja, que él piensa que D. Fernando os hace, ha „venido en lo que quiere con tantas veras, que

„de aqui á dos dias se ha de hacer el desposorio, „tan secreto y tan á solas, que solo han de ser tes„tigos los cielos y alguna gente de casa. Qual yo „quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo: „y si os quiero bien, ó no, el suceso deste nego„cio os lo dará á entender. A Dios plega que esta „llegue á vuestras manos antes que la mia se vea „en condicion de juntarse con la de quien tan mal „sabe guardar la fe que promete."

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conoci entonces que no la compra de los caballos sino la de su gusto, habia movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra D. Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda: entré secreto, y dexé una mula en que venia, en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tubiese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores: conociome Luscinda luego, y conocila yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla; pero quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una muger? ninguno por cierto. Digo pues que asi como Luscinda me vio, me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala D. Fer-

nando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo seran de mi muerte, que de mi desposorio: no te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el qual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podra estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondi turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdàderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aqui llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria: no creo que pudo oir todas estas razones, porque senti que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerrose con esto la noche de mi tristeza, pusoseme el sol de mi alegria, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento, no acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa; y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: asique sin ser visto, tube lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las quales podia yo ver sin ser visto todo quanto en la sala se hacia. Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dio el corazon mientras alli estube! los pensamientos que me ocurrieron! las con-

sideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno, que los mesmos vestidos ordinarios que solia: traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa: de alli á un poco salio de una recamara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfecion de la gala y bizarria cortesana: no me dio lugar mi suspension y arrobamiento paraque mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras, y de las luces de quatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso! de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿no sera mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, paraque movido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza, alomenos perder la vida? no os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo dis-

curso. A esto le respondio el Cura que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguio Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: „¿quereis, señora Luscinda, al „señor D. Fernando que está presente, por vues„tro legitimo esposo, como lo manda la Santa Ma„dre Iglesia?" yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentisimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. O quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro: advierte que el decir tú sí, y el acabarseme la vida, ha de ser todo á un punto: ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! qué quieres? qué pretendes? considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido: ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tubiera corazon para ello, como lo tengo para quejarme: enfin pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba espe-

rando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detubo un buen espacio en darla, y quando yo pense que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dixo con voz desmayada y flaca; *si quiero*: y lo mismo dixo D. Fernando, y dandole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados: llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniendose la mano sobre el corazon, cayo desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir qual quedé yo, viendo en el sí que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negandome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecento de manera, que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochandole su madre el pecho paraque le diese el ayre, se descubrio en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sento en una silla, y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian paraque del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo vi-

niera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte [que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado] ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues aca me ha faltado; y asi sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos [que por estar tan sin pensamiento mio[1] fuera facil tomarla] quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian: y aun quiza con mas rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte; pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. Enfin yo sali de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dexado la mula, hice que me la ensillase, sin despedirme dél subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla, y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solte la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho: dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitarmela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y fran-

1 Tan sin pensamiento mio. *O tan agenos de pensar en mí.*

ca la fortuna se habia mostrado ; y enmitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba , diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres , hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos , hubiese querido condecender con su gusto , pues le daban por esposo á un caballero tan principal , tan rico y tan gentil hombre , que á no querer recebirle , se podia pensar , ó que no tenia juicio , ó que en otra parte tenia la voluntad : cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que puesto que ella dixera que yo era su esposo , vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion , que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles D. Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear , si con razon midiesen su deseo , otro mejor que yo para esposo de su hija , y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y ultimo de dar la mano decir que ya yo le habia dado la mia , que yo viniera , y condecendiera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso : enfin me resolvi en que poco amor , poco juicio , mucha ambicion , y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado , entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche , y di al amanecer en una entrada destas sierras , por las quales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno , hasta que vine á parar á unos prados , que no sé á que mano destas montañas caen , y alli pregunté á unos

ganaderos que acia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixeronme que acia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aqui la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayo mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inutil carga como en mí llevaba: yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese: de aquella manera estube no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dixeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues aca que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgandome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo envano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando, y quando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo: los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan poniendome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podre pasar y hallarlo; y asi, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á co-

nocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos quando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas: desta manera paso mi miserable y estrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su ultimo fin, ó de ponerle en mi memoria, paraque no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volvere á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza, en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme, si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto, y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso medico al enfermo que recebir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querre con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y sera exemplo á los porvenir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales

suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle [1], y en mí es causa [2] de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio á su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendio una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dira en la quarta [3] parte desta narracion; que en este punto dio fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Ben Engeli.

CAPITULO XXVIII.

QUE TRATA DE LA NUEVA Y AGRADABLE AVENTURA, QUE AL CURA Y BARBERO SUCEDIO EN LA MISMA SIERRA.

Felicisimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacisimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido

1 La imposibilidad de tenerle. *Alusion á la sentencia de Virgilio:*

Una salus victis nullam sperare salutem,

que traducida por Gregorio Hernandez de Velasco dice asi:

Solo les queda á los vencidos una
Salud, que es no esperar salud alguna.

2 Y en mí es causa. *En lugar de estas palabras se leian en las primeras ediciones y en las demas estas otras:* y en mas causa, *que no hacian sentido. Se han enmendado en esta considerandolas como yerro de imprenta manifiesto.*

3 *V.* Discurso Preliminar: §. *V.*

tan honrosa determinacion, como fue el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballeria, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que la misma historia[1]: la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que asi como el Cura comenzo á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidio una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

Ay Dios! ¿si sera posible que he ya hallado lugar, que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi

1 Que la misma historia. *Sin haber concluido nuestro autor un episodio, introduce otro, y con la salva y apologia que hace aqui á favor de ellos, parece quiso prevenir la critica, que le hicieron despues por boca del bachiller Sanson Carrasco sobre que en esta Primera Parte se habia valido de novelas y cuentos agenos de la historia, y que* se debio de atener al refran de paja ó heno *&c.* [*P. II. c. III.*] *Con efecto en el c. XLIV. confiesa que en la* Segunda *se habia ceñido mas á los principales personages de la historia, que son Don Quixote y Sancho, sin estenderse á otras digresiones y episodios estraños, y* sin ingerir *como él dice* novelas sueltas y pegadizas: *y porque los censores de Cervantes daban á entender que el recurso á cuentos agenos suponia pobreza de ingenio, añadio que él era hombre que* tenia habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo. *En esta sujecion á los estrechos limites de la narracion historica se fundan los que prefieren la Segunda Parte á la Primera, contra los que decian* nunca Segundas Partes fueron buenas. [*P. II. c. IV.*]

voluntad sostengo? sí sera, si la soledad que prometen estas sierras no me miente : ay desdichada! ¡y quan mas agradable compañia haran estos riscos y malezas á mi intencion [pues me daran lugar paraque con quejas comunique mi desgracia al cielo] que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males! Todas estas razones oyeron y percibieron el Cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que alli junto las decian, se levantaron á buscar el dueño; y no hubieron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces : y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido : suspendioles la blancura y belleza de los pies, pareciendoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el habito de su dueño; y asi, viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que alli habia; asi lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia. El qual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blan-

ca: traia ansimismo unos calzones[1] y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabose de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debaxo de la montera, se los limpió, y al querer quitarsele, alzó el rostro, y tubieron lugar los que mirandole estaban, de ver una hermosura incomparable tal, que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda entorno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvio de peyne unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo qual en mas admira-

1 Calzones. *Un genero de gregüescos* [*dice Covarrubias*: *Tesoro*] *ó zaragüelles*: *muchas veces se toma por las sobrecalzas, que por otro nombre se llaman polaynas.*

cion y en mas deseo de saber quién era, ponia á los tres que la miraban: por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartandose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apenas los hubo visto, quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asio con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo: lo qual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fue el primero que le dixo: deteneos, señora, quienquiera que seais, que los que aqui veis, solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiendola por la mano el Cura, prosiguio diciendo: lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en habito tan indigno, y traidola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo, que con buena intencion se le da al que lo pa-

dece : asique , señora mia , ó señor mio , ó lo que vos quiseredes ser, perded el sobresalto, que nuestra vista os ha causado , y contadnos vuestra buena ó mala suerte , que en nosotros juntos , ó en cada uno , hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. Entanto que el Cura decia estas razones , estaba la disfrazada moza como embelesada, mirandolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna , bien asi como rustico aldeano que deimproviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas ; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efeto encaminadas , dando ella un profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, envalde seria fingir yo denuevo ahora lo que, si se me creyese , seria mas por cortesia que por otra razon alguna : presupuesto esto , digo , señores , que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho , el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre , porque no habeis de hallar remedio para remediarlas , ni consuelo para entretenerlas ; pero con todo esto , porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones , habiendome ya conocido por muger , y viendome moza, sola y en este trage , cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os habre de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar la que

tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornandole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres alrededor della, haciendose fuerza por detener algunas lagrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzo la historia de su vida desta manera.

En esta Andalucia hay un lugar, de quien toma titulo un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de que sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon: deste señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tubieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quiza nace mi poca ventura de la que no tubieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan baxos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia: ellos enfin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnifico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto

que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija: y asi por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el baculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiendolos con el cielo, todos sus deseos, de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus animos, ansi lo era de su hacienda: por mí se recebian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia, pasaba por mi mano: los molinos de aceyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos, que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces y á otros jornaleros, los entretenia en exercicios que son á las doncellas tan licitos, como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna por recrear el animo estos exercicios dexaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la esperiencia me mostraba que la musica compone los animos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espiritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado, no ha sido

por ostentacion ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista á mi parecer de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa, era tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de D. Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, quando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzo á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miraron en ello, temieron que le venia aquel acidente de locura, que habian oido decir que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era; la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguio su historia, diciendo: y no me hubieron bien visto, quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien á entender sus demonstraciones: mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que

D. Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa: dio y ofrecio dadivas y mercedes á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle: las noches no dexaban dormir á nadie las musicas: los billetes que, sin saber cómo, á mis manos venian eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos: todo lo qual no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tubiese á demasia sus solicitudes, porque me daba un nosequé de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas: que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese: decianme mis padres que en sola mi virtud y bondad dexaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y D. Fernando, y que por aqui echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dixese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dexase de su injusta pretension, que ellos me ca-

sarian luego con quien yo mas gustase, asi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama: con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á D. Fernando palabra, que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo: todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la qual, si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decirosla: finalmente D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó alomenos porque yo tubiese mas guardas para guardarme, y esta nueva ó sospecha fue causa paraque hiciese lo que ahora oireis.

Y fue que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañia de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos, y me enmudecio la lengua: y asi no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dexara dar, porque luego se llegó á mí, y tomandome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tube fuerzas para defenderme segun estaba turba-

da] comenzo á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo, que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor que sus lagrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comence no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte, que me moviesen á compasion menos que buena sus lagrimas y suspiros; y asi pasandoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense que pudiera tener, le dixe: si como estoy, señor, en tus brazos, estubiera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera, ó dixera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, asi fuera posible hacella ó decilla, como es posible dexar de haber sido lo que fue; asique, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshontar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lagrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la

mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellisima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dixo el desleal caballero, ves aqui te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora, que aqui tienes. Quando Cardenio le oyo decir que se llamaba Dorotea, tornó denuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dixo: que? Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mismo, que quiza corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendra en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su estraño y desastrado trage, y rogole que si alguna cosa de su hacienda[1] sabia, se la dixese luego, porque si algo le habia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia para sufrir qualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondio Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora

1 De su hacienda. *De sus sucesos.*

no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondio Dorotea, lo que en mi cuento pasa fue que tomando D. Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, con palabras eficacisimas y juramentos estraordinarios me dio la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirlas, le dixe que mirase bien lo que hacia; y que considerase el enojo, que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixe, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dexase de seguir su intento, bien ansi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dixe á mí misma: si, que no sere yo la primera, que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni sera D. Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañia desigual á su grandeza; pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su

deseo, que enfin para con Dios sere su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en termino le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendre á quedar deshonrada, y sin disculpa de la culpa que me podia dar el que no supiere quan sin ella he venido á este punto: porque qué razones seran bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? todas estas demandas y respuestas revolvi en un instante en la imaginacion; y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza, y á inclinarme á lo que fue sin yo pensarlo mi perdicion, los juramentos de D. Fernando, los testigos que ponia, las lagrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon, como el mio: llamé á mi criada, paraque en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadio á los primeros nuevos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometia, volvio á humedecer sus ojos y acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus brazos, de los quales jamas me habia dexado, y con esto y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedio á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa, como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron: digo esto, porque D. Fernando dio

priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que alli le habia traido, antes que amaneciese se vio en la calle; y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino, me dixo que estubiese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio: enefeto él se fue, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tube animo ó no se me acordo de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á D. Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien, ó mal el que me habia sucedido: dixele al partir á D. Fernando que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la iglesia en mas de un mes, que envano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado: estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comence á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de D. Fernando; y sé tambien que mi doncella oyo entonces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento antes no habia oido; y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lagrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué

andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegandose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdio la paciencia, y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fue, porque de alli á pocos dias se dixo en el lugar cómo en una ciudad alli cerca se habia casado D. Fernando con una doncella hermosisima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: dixose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyo Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli á poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helarseme el corazon en oilla, fue tanta la colera y rabia que se encendio en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosia y traicion que se me habia hecho; más templose esta furia por entonces, con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fue ponerme en este habito que me dio uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desventura, y le rogue me acompañase hasta la ciudad, donde entendi que mi enemigo estaba: él, despues que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofrecio á tenerme

compañia, como él dixo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerre en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, sali de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, alomenos á decir á D. Fernando me dixese con qué alma lo habia hecho.

Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta, me respondio mas de lo que yo quisiera oir: dixome la casa, y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: dixome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho paraque le diese el ayre, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dixo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el sí á D. Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion tales razones dixo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabandose de desposar, y daba alli las

razones por que se habia quitado la vida: todo lo qual dicen que confirmó una daga, que le hallaron no sé en que parte de sus vestidos: todo lo qual visto por D. Fernando, pareciendole que Luscinda le habia burlado, y escarnecido y tenido en poco, arremetio á ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes, no se lo estorbaran: dixeron mas, que luego se ausentó D. Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que conto á sus padres cómo ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho: supe mas, que el Cardenio segun decian se halló presente á los desposorios, y que en viendola desposada, lo qual él jamas penso, se salio de la ciudad desesperado, dexandole primero escrita una carta, donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen: esto todo era publico y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron quando supieron que Luscinda habia faltado de casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla: esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tube por mejor no haber hallado á D. Fernando, que no hallarle casado, pareciendome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dandome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y

á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos: todas estas cosas revolvia en mi fantasia, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad, sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un pregon, donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo trage que traia, y oi decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de caida andaba mi credito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sugeto tan baxo y tan indigno de mis buenos pensamientos: al punto que oi el pregon, me sali de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe, que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, asi me sucedio á mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, asi como me vio en esta soledad, incitado de su misma bellaqueria antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca verguenza y menos temor de Dios, ni respeto mio me requirio de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desverguenzas de sus propositos, dexó aparte los ruegos de quien primero

penso aprovecharse, y comenzo á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces dexa de mirar y favorecer á las justas intenciones, favorecio las mias de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dexé ni sé si muerto, ó si vivo; y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro disignio que esconderme en ellas, y huir de mi padre, y de aquellos que de su parte me andaban buscando: con este deseo ha no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar, que está en las entrañas desta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fue y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nacio en él el mismo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y asi tube por menor inconveniente dexalle y esconderme denuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas: digo pues que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lagrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dexar la vida entre estas soledades, sinque quede

memoria desta triste, que tan sin culpa suya habra dado materia paraque de ella se hable y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO Y ORDEN QUE SE TUBO EN SACAR A NUESTRO ENAMORADO CABALLERO DE LA ASPERISIMA PENITENCIA EN QUE SE HABIA PUESTO[1].

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lagrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que sera envano el consuelo, pues es imposible el remedio della: solo os ruego [lo que con facilidad podreis y debeis hacer] que me aconsejeis dónde podre pasar la vida, sinque me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura que sere dellos bien recebida, es tanta la verguenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor

1 *Los epigrafes de este capitulo y el del siguiente estaban dislocados en las primeras impresiones, y no correspondian á sus respectivos contestos, por lo que en las publicadas por la Real Academia Española se pusieron con prudente acuerdo en su lugar debido, cuyo exemplo se ha adoptado en esta edicion.*

desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miren el mio ageno de la honestidad, que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrio de un color, que mostro bien claro el sentimiento y verguenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lastima, como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: enfin, señora: que? tú eres la hermosa Dorotea, la hija unica del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, quando oyo el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y asi le dixo: y quién sois vos, hermano, que asi sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondio Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dixo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal termino de aquel, que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais qual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino quando al cielo se le antoja darmele por algun breve espacio: yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oir el sí, que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tubo animo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que re-

sultaba del papel que le fue hallado en el pecho, porque no tubo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y asi dexé la casa y la paciencia, y una carta que dexé á un huesped mio, á quien rogue que en manos de Luscinda la pusiese, y vineme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel tiempo aborreci como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juicio, quiza para guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aqui habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tubiese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavia en ser, y no se ha enagenado ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de D. Fernando; y que quando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo titulo desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de

mis agravios, cuya venganza dexaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarselos; mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondio por entrambos, y aprobo el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogo, aconsejó y persuadio que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que alli se daria orden como buscar á D. Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena platica, y se ofrecio con no menos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: conto asimismo con brevedad la causa que alli los habia traido, con la estrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban á su escudero que habia ido á buscalle. Vinosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y contola á los demas; mas no supo decir por qué causa fue su qüestion.

En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó, los llamaba á voces: salieronle al encuentro, y preguntandole por Don Quixote, les dixo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea:

y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hobiese fecho fazañas, que le ficiesen digno de su gracia, y que si aquello pasaba adelante, corria peligro de no venir á ser Emperador como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo menos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de alli. El Licenciado le respondio que no tubiese pena, que ellos le sacarian de alli mal que le pesase: conto luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote, alomenos para llevarle á su casa. A lo qual dixo Dorotea que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero, y mas que tenia alli vestidos con que hacerlo al natural, y que la dexasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerias, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, quando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra; que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa telá verde, y de una caxita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una

rica y gran señora parecia : todo aquello y mas dixo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en estremo su mucha gracia, donayre y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba ; pero el que mas se admiró fue Sancho Panza, por parecerle [como era asi verdad] que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y asi preguntó al Cura con grande ahinco le dixese quién era aquella tan hermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondio el Cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por linea recta de varon del gran reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el qual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta Princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dixo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno : pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta Prince-

sa, y asi quedará imposibilitado de recebir ordenes arzobispales, y vendra con facilidad á su Imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inutil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, seria nunca acabar: asique, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y asi no la llamo por su nombre. Llamase, respondio el Cura, la princesa Micomicona, porque llamandose su reyno Micomicon, claro está que ella se ha de llamar asi. No hay duda en eso, respondio Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcala, Juan de Ubeda, y Diego de Valladolid, y esto mismo se debe de usar alla en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus reynos. Asi debe de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo yo hare en ello todos mis poderios. Con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser Emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron á Sancho que los guiase adonde Don Quixote estaba, al qual advirtieron que no dixese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en

no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser Emperador su amo; puesto que ni el Cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase á Don Quixote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y asi los dexaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dexó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dixo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerias.

Tres quartos de legua habrian andado, quando descubrieron á Don Quixote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y asi como Dorotea le vio, y fue informada de Sancho que aquel era Don Quixote, dio del azote á su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fue á tomar en los brazos á Dorotea, la qual apeandose con grande desenvoltura, se fue á hincar de rodillas ante las de Don Quixote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aqui no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesia me otorgue un don, el qual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pró de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para remedio de sus desdichas. No os respondere pa-

Aug.^us Navarro. delin.avit. P.^us Duflos Sculpsit.

labra, fermosa señora, respondio Don Quixote, ni oire mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondio la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesia no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondio Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave[1]. No sera en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dixo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondio Don Quixote, que yo ha-

1 Tiene la llave. *Toda esta aventura está con efecto trazada segun el estilo de los libros de caballerias, como se pudiera acreditar con muchos pasages de ellos. En el cap. 23. de* D. Olivante de Laura *se dice*: Toparon en el camino una doncella que venia en un palafren y dos escuderos con ella, é venia llorando. Palmerin que la oyo, ovo duelo della, y dixole: amiga, qué cuita es la vuestra? decidmelo: que mucho fare por vos ayudar. *Y en la P. I. c. 39. de* Amadis de Grecia *se trata de* como vino la giganta Malfadea á demandar favor al rey Amadis, y como él se fue con ella á la vengar del gigante; *y se añade*: la Jayana se lanzó á sus pies: agora vos suplico, señor, que me otorgueis un don, que paraque yo sea enmendada de un tuerto que recebi, conviene que me lo otorgueys. Yo lo otorgo, dixo el Rey. *Y en la P. II. c. 60. se dice*: Como mi padre murio, un vasallo suyo se alzó con el reyno y insula que á mí me venia de derecho: vengo vestida de negro hasta que sea restituida en mi reyno.

re lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo; y volviendose á la doncella, dixo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la doncella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reyno. Digo que asi lo otorgo, respondio Don Quixote, y asi podeis, señora, desde hoy mas desechar la malencolia que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo vos os vereis presto restituida en vuestro reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, apesar y adespecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos; mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintio; antes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesia y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgo las armas, que como trofeo de un arbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el qual viendose armado, dixo: vamos de aqui en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estabase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular

la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quiza quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que[1] Don Quixote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quixote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedandose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la perdida del Rucio con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy apique de ser Emperador, porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dixose á sí mismo: que se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habra mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podre vender, y adonde me los pagarán decontado, de cuyo dinero podre comprar algun titulo, ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? no sino dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dacame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver

1 Y con la diligencia que. *Y la diligencia con que.*

blancos, ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solicito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fue que con unas tixeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistiole un capotillo pardo que él traia, y diole un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante entanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que andubiesen tanto los de á caballo, como los de á pie: enefeto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y asi como salio della Don Quixote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y alcabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fue á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballeria, el mi buen compatriota Don Quixote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote. El qual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hom-

bre, se le puso á mirar con atencion, y alfin le conocio, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el Cura no lo consintio, por lo qual Don Quixote decia: dexeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentire yo en ningun modo, dixo el Cura, estese la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo, acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun hare cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la zebra ó alfana[1], en que cabalga-

1 Sobre la zebra ó alfana. *La alfana es una yegua de estraordinaria grandeza, de que usaban los gigantes y otros personages caballerescos. La zebra, que tiene la ligereza del ciervo, es una especie de caballo, y el animal de mas hermosa estampa y mas vistosa piel, que acaso se encuentra entre los quadrupedos: tiene la piel pintada con varias rayas, cintas ó faxas, alternando los colores de negro y blanco, y distribuidas con maravillosa simetria. Trata de la zebra el conde Buffon en el tom. XII. de su* Historia Natural *p. 1. y su habil traductor D. Josef Clavijo en el tom. VII, p. 240. Años pasados se vio una en Madrid, que para diversion y admiracion del publico sacaban á pasear por sus calles y prado, y cuya piel se manifiesta ahora en el Gabinete de la Historia Natural. Ludolfo en el* Comentario *latino* á su Historia de Etiopia, *impreso el año de 1691. trata de la zebra, de que trae una estampa al fol. 150. y dice que en el Congo, reyno de Africa* [*el qual es como la cuna y patria de las zebras*] *se llama* Zecora *en la lengua del pais, de donde pudiera conjeturarse que de* zecora *se dixo y derivó* zebra, *de este mo-*

ba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor Licenciado, respondio Don Quixote, y yo sé que mi señora la Princesa sera servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podra acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondio la Princesa, y tambien sé que no sera menester mandarselo al señor mi escudero, que él es tan cortes y tan cortesano, que no consentira que una persona eclesiastica vaya á pie, pudiendo ir á caballo. Asi

do: zecora, zecra, zebra. *No falta quien asegure que en España era conocido y frequente este tan hermoso y apreciable quadrupedo; que de su nombre se llamó Cebrero un monte de Galicia; y que en Madrid habia antiguamente en su carniceria tabla de carne de zebra, como consta de su Fuero dado á principios del siglo XIII. ó año de 1208. por D. Alonso VIII. Pero lo que consta de este Fuero* [*de que se halla un exemplar autentico en la Real Academia de la Historia*] *es que las tablas en que entonces se vendia carne en la carniceria de esta villa de Madrid, eran de* carnero, *de* cabra bona, *de* oveia bona, *de* oveia veia, *de* cutral *ó cebon*, *de* cervo, *y de* cabra veia; *mas no habia tabla de carne de zebra, sino de ciervo. Con efecto abundaba esta tierra de caza mayor, como ahora sucede aun, y como consta del libro de la* Monteria *del rey D. Alonso XI. En el Fuero de Plasencia, dado tambien á principios del siglo XIII. por el mismo rey D. Alonso VIII. se hace igualmente memoria de gamos, de ciervos, y de acevras, ó cevras. Mas estas eran las hembras de los ciervos; y asi hablando de repartir la caza, dice*: si es ciervo, haya el cuero: si es cebra, haya la tuerdega del lomo. *Conque el monte* Cebrero *se llamó sin duda asi por los ciervos que se criaban en él, y en las tablas de la carniceria de Madrid no se vendia en el siglo XIII. carne de* zebra, *sino de* ciervo.

es, respondio el Barbero; y apeandose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fue el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula, que enefeto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los quartos traseros, y dio dos coces en el ayre, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quixote: con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayo en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y como se vio sin ellas, no tubo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel mazo de barbas sin quixadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dixo: vive Dios, que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta. El Cura, que vio el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudio luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavia, y de un golpe, llegandole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y quando se las tubo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quixote sobre manera, y rogo al Cura que quando tubiese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de estender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen,

habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Asi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse que por entonces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta que estaria hasta dos leguas de alli.

Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la Princesa y el Cura; y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quixote dixo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiese, dixo el Licenciado: acia qué reyno quiere guiar la vuestra señoria? es por ventura acia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reynos. Ella que estaba bien en todo, entendio que habia de responder que sí, y asi dixo: si señor: acia ese reyno es mi camino. Si asi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de alli tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podra embarcar con la buena ventura, y si hay viento prospero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podra estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que está poco mas de cien jornadas mas aca del reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti dél, y en verdad que nunca tube buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos asi como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle, para en-

comendarme en su cortesia y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dixo á esta sazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavia ofenden mis castas orejas semejantes platicas: lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tubiere ó no tubiere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y asi, dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo respondere con brevedad, respondio el Cura: porque sabra vuestra merced, señor Don Quixote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, ibamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos, ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponerselas postizas, y aun á este mancebo que aqui va, señalando á Cardenio, le pusieron como denuevo: y es lo bueno, que es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que apesar del comisario y de las guardas los solto á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin concien-

cia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel, quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso finalmente hacer un hecho, por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriendola, por ver lo que hacia ó decia Don Quixote: al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

QUE TRATA DE LA DISCRECION DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO[1].

No hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: pues, mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixe antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban alli por grandisimos bellacos. Majadero, dixo á es-

1 *Vease la nota al epigrafe del capitulo antecedente.*

ta sazon Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó estan en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerias: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas alla se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballeria, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le hare conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmandose en los estribos y calandose el morrion, porque la bacia de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donayre, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla dél sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: señor caballero, miembresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redun-

dara. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un vigote. Yo callaré, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimire la justa colera que ya en mi pecho se habia levantado, y ire quieto y pacifico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y quales son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso hare yo de gana, respondio Dorotea, si es que no os enfada oir lastimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondio Don Quixote. A lo que respondio Dorotea: pues asi es, estenme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzo á decir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman.... y detubose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudio al remedio, porque entendio en lo que reparaba, y dixo: no es marabilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran seño-

ria, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legitima heredera del gran reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora facilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Asi es la verdad, respondio la doncella, y desde aqui adelante creo que no sera menester apuntarme nada, que yo saldre á buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reyna Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de alli á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huerfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande insula, que casi alinda con nuestro reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista [porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese vizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira] digo, que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderio sobre mi reyno, y me lo habia de quitar todo sin dexarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia escusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque ja-

mas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese : dixo tambien mi padre que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reyno, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dexase desembarazado el reyno, si queria escusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante ; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este reyno, el qual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Asi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro izquierdo ó por alli junto habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote, dixo á su escudero: ten aqui, Sancho hijo, ayudame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero, que aquel sabio Rey dexó profetizado. Pues para que quiere vuestra merced desnudarse? dixo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dixo, respondio Don Quixote. No hay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que

es señal de ser hombre fuerte[1]. Eso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estubiere, pues todo es una misma carne: y sin duda acerto mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama, que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha. Pues apenas me hube desembarcado en Osuna, quando oi decir tantas hazañas suyas, que luego me dio el alma que era el mismo que venia á buscar. Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, se-

1 Señal de ser hombre fuerte. *El licenciado Miguel de Luna, granadino, hijo de padres moriscos, fingio una historia de la perdida de España, suponiendo que era la escrita en arabigo por Abulcacin, que se halló en ella; y traduciendola en castellano la publicó por los años de 1588. haciendo á un mismo tiempo oficio de autor original y de traductor: En el lib. 1. cap. 7. f. 27. dice pues, que hallandose en Tarifa el capitan Tarif con el conde D. Julian, prendieron los moros á una muger española, y la llevaron á su presencia, la qual dixo que se llamaba la* Cabezuda; *que siendo niña oyo leer á su padre un pronostico, en que se decia que se habia de perder este reyno, y le habian de ganar los moros; que el capitan que le habia de conquistar habia de ser valeroso y fuerte; y que por señas habia de* tener un lunar peloso tan grande como un garvanzo sobre el hombro de la mano derecha; *que oido esto, se desnudó Tarif en presencia de todos, y habiendo mirado con cuidado, hallaron el lunar que la muger habia dicho. Pudo Cervantes haber adoptado de la Historia de Abulcacin el caso del lunar de Don Quixote: y pudo tambien haberle inventado.*

ñora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: debe de querer decir la señora Princesa que despues que desembarcó en Malaga, la primera parte donde oyo nuevas de vuestra merced fue en Osuna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga Vuestra Magestad adelante. No hay que proseguir, respondio Dorotea; sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por Reyna y señora de todo mi reyno, pues él por su cortesia y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevare, que no sera á otra parte, que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, paraque le mate y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues asi lo dexó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre: el qual tambien dexó dicho y escrito en letras caldeas, ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecia, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin replica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi reyno junto con la de mi persona. Qué te parece, Sancho amigo? dixo á este punto Don Quixote: no oyes lo que pasa? no te lo dixe yo? mira si tenemos ya reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado; pues montas que es mala la Reyna, asi se me vuelvan las

pulgas de la cama ; y diciendo esto , dio dos zapatetas en el ayre con muestras de grandisimo contento: y luego fue á tomar las riendas de la mula de Dorotea , y haciendola detener , se hincó de rodillas ante ella , suplicandole le diese las manos para besarselas en señal que la recibia por su Reyna y señora. Quién no habia de reir de los circunstantes , viendo la locura del amo , y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dio , y le prometio de hacerle gran señor en su reyno , quando el cielo le hiciese tanto bien , que se lo dexase cobrar y gozar. Agradecioselo Sancho con tales palabras , que renovo la risa en todos. Esta , señores, prosiguio Dorotea , es mi historia , solo resta por deciros que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno , no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero , porque todos se anegaron en una gran borrasca que tubimos á vista del puerto: y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro , y asi es todo milagro y misterio el discurso de mi vida , como lo habeis notado ; y si en alguna cosa he andado demasiada , ó no tan acertada como debiera , echad la culpa á lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento , que los trabajos continuos y estraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí , ó alta y valerosa señora , dixo Don Quixote , quantos yo pasare en serviros , por grandes y no vistos que sean ; y asi denuevo confirmo el don que os he prometido , y juro de ir con vos al cabo del mundo , hasta verme con el fiero enemigo vuestro , á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con

los filos desta, no quiero decir buena, espada; merced á Gines de Pasamonte que me llevó la mia: esto dixo entre dientes; y prosiguio diciendo: y despues de habersela tajado y puestoos en pacifica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque mientras que yo tubiere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fenix. Pareciole tan mal á Sancho lo que ultimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz, dixo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quixote, cabal juicio: pues como? ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: asi noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: casese, casese luego, encomiendole yo á satanas, y tome ese reyno que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo Rey, hagame marques, ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyo decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dio tales dos

palos, que dio con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dio voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿Pensais, le dixo acabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco, descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea: ¿y no sabeis vos, gañan, faquin[1], belitre[2], que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? decid, socarron de lengua viperina: ¿y quien pensais que ha ganado este reyno, y cortado la cabeza á este gigante, y hechoos á vos marques [que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada] sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser: ó hideputa bellaco, y como sois desagradecido! que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de titulo, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo. No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantandose con un poco de presteza, se fue á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dixo á su amo: digame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no sera el

1 Faquin. *Voz italiana: ganapan, mozo de cordel, que se emplea en llevar fardos á cuestas.*

2 Belitre. *Voz francesa: picaro, ruin, de viles procederes.*

reyno suyo, y no siendolo, qué mercedes me puede hacer? esto es de lo que yo me quejo: casese vuestra merced una por una con esta Reyna, ahora que la tenemos aqui como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que Reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados: en lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. Como que no la has visto, traidor, blasfemo? dixo Don Quixote; ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero asi á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdoname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondio Sancho, y asi en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente.... y no te digo mas. Ahora bien, respondio Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas y sera juez de quién hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Tobosa, á quien

yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un principe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidio la mano á su señor, y él se la dio con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion; y dixo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo asi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante. Y dixole Don Quixote: despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondio Sancho, que á todo dare tan buena salida, como tube la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengativo. Porque lo dices, Sancho? dixo Don Quixote. Digolo, respondio, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia, que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas platicas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban, á un hombre caballero so-

bre un jumento, y quando llegó cerca, les parecio que era gitano: pero Sancho Panza, que doquiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, quando conocio que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Rucio sobre que Pasamonte venia: el qual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en trage de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Viole Sancho y conociole, y apenas le hubo visto y conocido, quando á grandes voces le dixo: ha ladron, Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, ausentate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su Rucio, y abrazandole, le dixo: como has estado, bien mio, Rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba, y se dexaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del Rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo que no por eso anulaba la poliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradecio. Entanto que los dos iban en estas platicas, dixo el Cura á Dorotea que habia andado muy discreta asi en el cuento, como en la brevedad dél, y en la similitud que tubo con los de los libros de caballerias. Ella dixo que mu-

chos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que asi habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendi asi, dixo el Cura, y por eso acudi luego á decir lo que dixe, con que se acomodó todo; ¿pero no es cosa estraña ver con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé, si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonisimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerias, no habra nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. Entanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguio Don Quixote con la suya, y dixo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: dónde, cómo, y quándo hallaste á Dulcinea? que hacia? que le dixiste? que te respondio? que rostro hizo quando leia mi carta? quien te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sinque añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitarmele. Señor, respondio Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la

trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Asi es como tú dices, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la escribi, le hallé en mi poder acabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandisima pena, por no saber lo que habias tú de hacer quando te vieses sin carta, y crei siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos. Asi fuera, respondio Sancho, sino la hubiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyo, de manera, que se la dixe á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tán linda carta como aquella. Y tienesla todavia en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondio Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana Señora*, y lo ultimo: *Vuestro hasta la muerte*, *El Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

DE LOS SABROSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIXOTE Y SANCHO PANZA SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS.

Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste: y que hacia aquella

reyna de la hermosura? á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo[1] para este su cautivo caballero. No la hallé, respondio Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo era candeal, ó trechel? No era sino rubion, respondio Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: quando le diste mi carta, besola? pusosela sobre la cabeza? hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondio Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y dixome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está. Discreta señora, dixo Don Quixote, eso debio de ser por leerla despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y entanto que estaba en su menester, que coloquios pasó contigo? que te preguntó de mí? y tú, que le respondiste? acaba, cuentamelo todo, no se te quede en el tintero una minima. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho; mas yo le dixe de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba[2], metido entre estas sierras como si fuera salva-

1 Oro de cañutillo. *Oro hilado.*

2 De la cintura arriba. *Al fin del cap. XXV. se supo-*

ge, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peynarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote; porque antes la bendigo y bendecire todos los dias de mi vida por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondio Sancho, que á buena fe, que me lleva á mi mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dixo Don Quixote: haste medido tú con ella? Medime en esta manera, respondio Sancho; que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma; pero no me negarás, Sancho, una cosa: quando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromatica, y un nosequé de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho, ó tufo, como si estubieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dixo Sancho, es que senti un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondio Don Quixote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien lo que huele aquella rosa, entre espinas, aquel li-

ne á Don Quixote desnudo de medio cuerpo abaxo. Algunos notan esta contradicion, en que es de creer incurriese voluntariamente Cervantes por la decencia debida á Dulcinea, que no le costaba á Sancho sino añadir una mentira mas á las muchas que ensarta.

rio del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ser, respondio Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me parecio que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que marabillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguio Don Quixote: he aqui que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino: que hizo quando leyo la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyo, porque dixo que no sabia leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia estraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dixo que dixese á vuestra merced que le besaba las manos, y que alli quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que asi le suplicaba y mandaba que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dexase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced: riose mucho quando le dixe como se llamaba vuestra merced: *El Caballero de la Triste Figura*: preguntele si habia ido alla el vizcaino de marras, dixome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes; mas dixome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo Don Quixote; pero dime, qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí llevaste? porque es usada y antigua cos-

tumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escúderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser asi, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me despedi: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en estremo, dixo Don Quixote; y si no te dio joya de oro, sin duda debio de ser porque no la tendria alli á la mano para dartela; pero buenas son mangas despues de pascua: yo la vere, y se satisfara todo. Sabes de qué estoy marabillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aqui al Toboso, habiendo de aqui alla mas de treinta leguas: por lo qual me doy á entender que aquel sabio nigromante, que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo [porque por fuerza le hay y le ha de haber sopena que yo no seria buen caballero andante] digo que este tal te debio de ayudar á caminar sinque tú lo sintieses: que hay sabio destos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo, ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anochecio: y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun

fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya apunto de muerte, y quando no os me cato, asoma por aculla encima de una nube, ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas: y todo esto se hace por industria y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros: asique, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debio de llevar en volandillas sinque tú lo sintieses. Asi seria, dixo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante, como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y cómo si llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero dexando esto aparte, qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, veome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuerzame la ley de caballeria á cumplir mi palabra antes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer sera caminar apriesa y llegar

presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondre á la Princesa pacificamente en su Estado, y al punto dare la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra: á la qual dare tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues vera que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay! dixo Sancho, y como está vuestra merced lastimado de esos cascos! pues digame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino envalde, y dexar pisar[1] y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reyno, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantisimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? calle por amor de Dios, y tenga verguenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y casese luego en el primer lugar que haya Cura; y si no ahi está nuestro Licenciado, que lo hara de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde: que mas vale paxaro en mano, que buytre volando; porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondio Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea

1 Pisar. *Asi en las primeras ediciones, y en las demas. En el original del autor se leeria acaso* pasar.

luego Rey en matando al gigante, y tenga comodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hagote saber que sin casarme podre cumplir tu deseo muy facilmente, porque yo sacaré de adahala[1] antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reyno paraque la pueda dar á quien yo quisiere: y en dandomela, á quién quieres tú que la dé sino á tí? Eso está claro, respondio Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja acia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino vayase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Digote, Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habre de tomar tu consejo enquanto el ir antes con la Princesa, que á ver á Dulcinea: y avisote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no sera bien que yo ni otro por mí los descubra. ¿Pues si eso es asi, dixo Sancho, como hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo, se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre que la quiere bien, y que es su enamorado? ¿y siendo forzo-

1 Adahala. *Asi se decia antiguamente: ahora* adehala: *viene del arabe* ade halel, *que significa* licita estipulacion.

so que los que fuesen, se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? O qué necio y qué simple que eres! dixo Don Quixote: tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que en este nuestro estilo de caballeria es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sinque se estiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sinque nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Valate el diablo por villano! dixo Don Quixote, y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondio Sancho.

En esto les dio voces maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que alli estaba. Detubose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras; porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habiase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dexaba. Apea-

ronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acerto á pasar por alli un muchacho que iba de camino, el qual poniendose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de alli á poco arremetio á Don Quixote, y abrazandole por las piernas, comenzo á llorar muy de proposito, diciendo: ay señor mio! no me conoce vuestra merced? pues mireme bien, que yo soy aquel mozo Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconociole Don Quixote, y asiendole por la mano, se volvio á los que alli estaban, y dixo: porque vean vuestras mercedes quan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios, que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oi unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudi luego, llevado de mi obligacion acia la parte donde me parecio que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque sera testigo que no me dexará mentir en nada: digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estabale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y asi como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondio el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia, nacian mas

de ladron que de simple: á lo qual este niño dixo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las quales aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas: en resolucion yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados: no es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometio de hacer todo quanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondio el muchacho; pero el fin del negocio sucedio muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. Como al reves? replicó Don Quixote: luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondio el muchacho, pero asi como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvio á atar á la misma encina, y me dio denuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolome desollado: y á cada azote que me daba, me decia un donayre y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia: y en efeto él me paró tal, que hasta ahora he estado curandome en un hospital del mal, que el mal villano entonces me hizo: de todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se con-

tentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara quanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendiosele la colera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no sere mas hombre en toda mi vida. El daño estubo, dixo Don Quixote, en irme yo de alli, que no me habia de ir hasta dexarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas esperiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Asi es la verdad, dixo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo entanto que ellos comian. Preguntole Dorotea qué era lo que hacer queria? El le respondio que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal termino, y hacer pagado á Andres hasta el ultimo maravedi á despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondio que advirtiese que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reyno. Asi es verdad, respondio Don Quixote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señó-

ra, decis, que yo le torno á jurar y á prometer denuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dixo Andres; mas quisiera tener ahora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene ahi, algo que coma y lleve, y quedese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dandoselo al mozo, le dixo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondio Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre, y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asio de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abaxó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse; bien es verdad que al partirse dixo á Don Quixote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que no sera tanta, que no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar Don Quixote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevio á seguillo. Quedó corridisimo Don Quixote del cuento de An-

dres, y fue menester que los demas tubiesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIO EN LA VENTA A TODA LA QUADRILLA DE DON QUIXOTE.

Acabose la buena comida[1], ensillaron luego, y sinque les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija, y Maritornes, que vieron venir á Don Quixote y á Sancho, les salieron á recebir con muestras de mucha alegria, y él las recibio con grave continente y aplauso, y dixoles que le aderezasen otro mejor lecho[2] que la vez pasada. A lo qual respondio la huespeda que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se la daria de principes. Don Quixote dixo que sí haria; y asi le aderezaron una

1 La buena comida. *Asi en todas las ediciones: acaso en el original de Cervantes se diria* la breve comida *en lugar de* la buena; *pues antes advirtio que los* convidados tenian mucha hambre, *y que* la satisficieron poco; *y una comida, en que los convidados quedan con parte de la hambre, no es* buena, *sino* breve *y escasa.*

2 Otro mejor lecho.... que ella se la daria. *Esta disonante concordancia del masculino con el femenino pudiera no ser descuido ni del autor ni del impresor, sino una censura de la afectacion, con que hablando Don Quixote con una ventera, usa de la voz latinizada* lecho, *la qual le contesta segun la idea de la palabra comun y vulgar* cama.

razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acosto luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, quando la huespeda arremetio al Barbero, y asiendole de la barba, dixo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es verguenza, digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dixese á Don Quixote que quando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reyno como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huesped con esperanza de mejor paga con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quixote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer: trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, y

Maritornes, y todos los pasageros, de la estraña locura de Don Quixote, y del modo que le habian hallado: la huespeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido: mirando si acaso estaba alli Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el Cura dixese que los libros de caballerias que Don Quixote habia leido, le habian vuelto el juicio, dixo el ventero: no sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahi dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos; porque, quando es tiempo de la siega, se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el qual coge uno destos libros en las manos, y rodeamonos dél mas de treinta, y estamosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: alomenos de mí sé decir que quando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches y dias. Y yo ni mas ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces. Asi es la verdad, dixo Maritornes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y mas quando cuentan que se está la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendoles la guarda, muerta

de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos, qué os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi anima, respondio ella: tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen, quando estan ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediarades vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondio la moza; solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros, tigres, y leones, y otras mil inmundicias: y Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dexan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honradas, casense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondio ella, no pude dexar de respondelle. Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huesped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondio él, y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriendola, halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrio, vio que era: *Don Cirongilio de Tra-*

cia[1], y el otro de: *Felixmarte de Hircania*[2], y el otro la: *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Cordoba*; con la: *Vida de Diego Garcia de Paredes.* Asi como el Cura leyo los dos titulos primeros, volvio el rostro al Barbero, y dixo: falta nos hacen aqui ahora el Ama de mi amigo y su Sobrina. No hacen, respondio el Barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Felixmarte. ¿Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son hereges, ó flematicos, que los quiere quemar? Cismaticos, quereis decir, amigo, dixo el Barbero, que no flematicos. Asi es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego Garcia; que antes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Cordoba, el qual por sus muchas y grandes hazañas merecio ser llamado de todo el mundo: *El Gran Capitan*, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego Garcia de Paredes fue un principal caballero, natural de

1 De Tracia. *Escribiole Bernardo de Vargas, y se intitula*: Los libros de Don Cirongilio de Tracia, hijo del noble Rey Elesfron de Macedonia segun le escribio Novarco en Griego, y Promusis en Latin. *Sevilla 1545. fol.*

2 *V. P. I. t. 1. p. 54. not. 1.*

la ciudad de Truxillo en Estremadura, valentisimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detubo á todo un inumerable exercito que no pasase por ella[1]; y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en su olvido las de los Hetores, Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino, por Dios ahora: habia vuestra merced de leer lo que lei yo de Felixmarte de Hircania, que de un reves solo partio cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los fraylecicos que hacen los niños: y otra vez arremetio con un grandisimo y poderosisimo exercito, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos, como si fueran manadas de ovejas: pues qué me diran del bueno de D. Cirongilio de Tracia? que fue tan valiente y animoso, como se vera en el libro, donde cuenta que navegando por un rio, le

1 Por ella. *En la cronica del Gran Capitan se refiere este caso de este modo*: Diego Garcia de Paredes tomó una espada de dos manos en el hombro.... y se metio por la puente del Garellano, que los franceses habian echado poco antes; y peleando [*contra ellos*] empezo de hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Hector y Julio Cesar, Alexandro Magno, ni otros antiguos valerosos capitanes, paresciendo verdaderamente otro Oracio en su denuedo y animosidad. [*cap. CVI. f. 139. b.*]

salio de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él asi como la vio se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apreto con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tubo otro remedio sino dexarse ir á lo hondo del rio, llevandose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar; y quando llegaron alla abaxo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era marabilla; y luego la sierpe se volvio en un viejo anciano, que le dixo tantas de cosas, que no hay mas que oir: calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan, y para ese Diego Garcia que dice. Oyendo esto Dorotea, dixo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huesped para hacer la segunda parte de Don Quixote[1]. Asi me parece á mí, respondio Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le haran creer otra cosa frayles descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerias cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto

1 De Don Quixote. *Los oficios, que hacian las personas de las comedias, se decian partes ó papeles; y quiere decir Dorotea que en esta comedia ó fabula caballeresca en que Don Quixote hace la primera parte ó el papel de primer galan, merecia el ventero hacer la segunda parte ó el papel de galan segundo.*

que vos decis, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondio el ventero, como si yo no supiese quantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen, sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y asi como se consiente en las republicas bien concertadas, que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos para entretener á algunos, que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar; asi se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros; y si me fuera licito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerias para ser buenos, que quiza fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendra tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os avenid con sus

verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no coxeeis del pie que coxea vuestro huesped Don Quixote. Eso no, respondio el ventero, que no sere yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad desta platica se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dexalle, y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevabase la maleta y los libros el ventero; mas el Cura le dixo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra estan escritos. Sacolos el huesped, y dandoselos á leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un titulo grande que decia: *NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE*. Leyo el Cura para sí tres ó quatro renglones, y dixo: cierto que no me parece mal el titulo desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su Reverencia, porque le hago saber que á algunos huespedes que aqui la han leido, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volversela á quien aqui dexó esta maleta olvidada, con estos libros y esos papeles, que bien pue-

de ser que vuelva su dueño por aqui algun tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavia soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dixo el Cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondio el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciendole lo mismo que al Cura, le rogo que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo sera para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sosegado, que me conceda dormir quando fuera razon. Pues desa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quiza tendra alguna de gusto. Acudio maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que á todos daria gusto, y él le recebiria, dixo: pues asi es, estenme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPITULO XXXIII.

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por escelencia y antonomasia de to-

dos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo qual era bastante causa á que los dos con reciproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia, dexaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan auna sus voluntades, que no habia concertado relox que asi lo andubiese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó [con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia] de pedilla por esposa á sus padres, y asi lo puso en execucion, y el que llevó la embaxada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fue posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frequencia de las visitas y parabienes, comenzo Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon

que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera, que quando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciendole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fue soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese, y que asi le suplicaba, si era licito que tal termino de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurandole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad, que la que él queria que tubiese, y que por haber sabido ella con quantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones, que Anselmo dixo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondio Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó asi concertado entre los dos, propuso Lo-

tario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo credito le estaba en mas, que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones [cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres] se concierta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfacion se tiene: tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciesen, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla que haga ó dexe de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra, ó de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido, facilmente pondria remedio en todo; pero dónde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero, como aquí Lotario le pide? no lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto de ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y va-

lor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inescusables: asique en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia.

Sucedio pues que uno, que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo á Lotario las semejantes razones. ¿Pensabas[1], amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, asi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recebido, y sobre[2] al que me hizo en darme á ti por amigo, y á Camila por muger propia: dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé que dias[3] á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan estraño y tan fuera del uso comun

1 Pensabas. *Acaso*: pensarás.

2 Y sobre. *Asi* [*y bien*] *en las ediciones originales, esto es*: y supere ó esceda. *En la impresion de Londres del año de 1738. se lee alterado todo este pasage, y convertido el verbo* sobre *en el adverbio* sobre todo, *cuya novedad se ha adoptado en otras ediciones posteriores.*

3 No sé que dias. *Esto es*: *no sé quantos dias, ó de quantos dias á esta parte.*

de otros, que yo me marabillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y asi me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él, y con la diligencia que pondras como mi amigo verdadero en remediarme, yo me vere presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegria por tu solicitud al grado, que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion, ó preambulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dio siempre muy lejos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonia que le causaba aquella suspension, le dixo: que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Asi es la verdad, respondio Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta, como yo pienso; y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probandola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de quanto es, ó no es solicitada, y que aquella

sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dadivas, á las lagrimas, y á las continuas importunidades de los solicitos amantes: porque qué hay que agradecer, decia él, que una muger sea buena, si nadie le dice que sea mala? qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe tiene marido, que en cogiendola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? ansique la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendre á la solicitada y perseguida, que salio con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas, que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo qūe saldra, con la palma de esta batalla, tendre yo por sin igual mi ventura: podre yo decir que está colmo el vacio de mis deseos: dire que me cupo en suerte la Muger Fuerte, de quien el Sabio dice que *quien la hallará*? y quando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerte en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podra causarme mi tan costosa esperiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dexar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser él instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te dare lugar paraque lo hagas, sin faltarte todo

aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y mueveme entre otras cosas á fiar de ti esta tan ardua empresa el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo á tener por hecho lo que se ha de hacer[1] por buen respeto; y asi no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno, como el de la muerte: asique si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo á Lotario, á todas las quales estubo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estubo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que deveras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo

1 A tener por hecho lo que se ha de hacer. *En el original del autor se diria acaso*: lo que *no* se ha de hacer.

soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides, se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dixo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios: pues si esto sintio un gentil de la amistad, ¿quanto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y quando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo: pues dime tú ahora, Anselmo, ¿qual destas dos cosas tienes en peligro, paraque yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable, como me pides? ninguna por cierto: antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitarmela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, yo vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida: escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo

quedará para que tú me repliques, y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguio diciendo: pareceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los quales no se les puede dar á entender el error de su seta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fe; sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones matematicas que no se pueden negar, como quando dicen: „si de dos partes igua„les quitamos partes iguales, las que quedan tam„bien son iguales": y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, haseles de mostrar con las manos y ponerselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion: y este mismo termino y modo me convendra usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte; y porque claro lo veas, dime, Anselmo: tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? persuadir á una honesta? ofrecer á una desinteresada?

servir á una prudente? si que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, qué buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora [como saldra sin duda] qué mejores titulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ó que sera mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienès por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para que quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa sera hacer esperiencia de la misma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia: asique es razon concluyente que el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de angeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda

bala de artilleria, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas de el deseo de volver por su fe, por su nacion y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque puesto que salgas con ella, como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo: y para confirmacion desta verdad te quiero decir una estancia, que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de: *Las Lagrimas de San Pedro*, que dice asi:

Crece el dolor, y crece la verguenza
En Pedro, quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve á nadie, se averguenza
De sí mismo por ver que habia pecado:
Que á un magnanimo pecho á haber verguenza
No solo ha de moverle el ser mirado;
Que de sí se averguenza quando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra[1].

1 Cielo y tierra. *Escribio Luis Tansilo, natural de*

Asique no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendras que llorar contino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusó de hacerla el prudente Reynaldos; que puesto que aquello sea ficcion poetica, tiene en sí encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, y entendidos é imitados[1]: quanto

Nola en el reyno de Napoles, este poema de: Las Lagrimas de San Pedro *para reparar el mal exemplo, que ocasionó con otro, licencioso y obsceno, que consta de 160. octavas, intitulado el* Vendemmiatore. *Andubo al principio no tan completo, como le traduxo despues en octavas castellanas Fr. Damian Alvarez, y dividido en 13. cantos, le publicó en Napoles año de 1613. Antes habia traducido parte de él el licenciado Gregorio Hernandez de Velasco, capellan del hospital de S. Juan Bautista de Toledo, y celebre traductor de Virgilio, á instancias del maestro Alvar Gomez de Castro, como consta de las cartas latinas de entrambos, que se leen al principio de la traducion, que por ser inedita, y paraque se coteje con la de Cervantes, se pondra aqui la octava siguiente*:

Crecio el dolor de Pedro, y juntamente
Crecio la afrenta con la luz del dia;
Y bien que alli no hay nadie que le afrente,
El mesmo de sí mesmo se corria:
Que un rostro noble sin tener presente
Testigo de su error ó cobardia
Se tiñe de verguenza quando yerra,
Aunque no le vea mas que cielo y tierra.

[*Biblioteca Real: est. R. cod. 173.*]

1 Imitados. *Aludese aqui á la ficcion, que refiere el Ariosto* [*poeta italiano, y por eso llamado* nuestro *por Lotario*] *en el cant. 41. y 42. de su* Orlando. *Finge que un caballero convidó á comer á Reynaldos, el qual mandó sacar á la mesa un vaso de oro, guarnecido de piedras y lleno de un vino generoso, diciendo que bebiendo de él, sabria*

mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legitimo posesor de un finisimo diamante, de cuya bondad y quilates estubiesen satisfechos quantos lapidarios le viesen, que todos á una voz y de comun parecer dixesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses asi, sin saber

qualquier marido si su muger le era infiel, ó no; porque si no lo era, beberia el marido sinque se le derramase una gota por el pecho; pero si lo era, se le verteria todo por él, sin entrarle una gota en el estomago. Reynaldos sinembargo, considerando lo peligroso de la prueba, y la ninguna necesidad de averiguar lo que le podria costar caro, no quiso beber del vaso, contentandose con la buena opinion que tenia de su muger. Entonces el huesped, derramando un rio de lagrimas le conto como él se habia casado con la hija de un docto y rico anciano, honesta, hermosa y discreta, con quien vivio contento algunos años hasta que una maga, llamada Melisa, con dañada y zizañera intencion le aconsejó que para probar la virtud de su muger, la diese libertad y ocasiones de abusar de ella, fingiendo ausentarse, y que por la esperiencia del vaso averiguaria despues si permanecia fiel. Disfrutadas estas ocasiones por la muger, fue el marido á beber del vaso, y en castigo de su curiosidad impertinente se le vertio todo el vino por el pecho abaxo. Pudiera presumirse que de esta ficcion del Ariosto tomó acaso Cervantes el argumento de la novela del Curioso Impertinente, *tan apreciable por su artificio, estilo, pintura de los afectos del amor, de los zelos, de la fragilidad, de las astucias de algunas amas y criadas, y exemplar no solo por el castigo que recibe Camila, sino porque enseña que solo se vence la pasion amorosa con huirla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas.*

otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? y mas[1], si lo pusieses por obra? que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor, ni mas fama: ¿y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perdia todo? si por cierto, dexando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finisimo diamante asi en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de ti mismo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya: mira que no hay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para qué quieres poner esta verdad en duda? mira, amigo, que la muger es animal imperfeto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y cayga, sino quitarselos, y despejalle el camino de qualquier inconveniente, paraque sin

1 Y mas, si lo pusieses por obra? *Este lugar, que parece algo obscuro, quedaria mas claro, espresando la elipsis que se sobreentiende; asi*: ¿y *seria* mas *justo*, si lo pusieses por obra?

pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquisima, y que quando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues oxeandole le encaminan acia aquel lugar; y asi como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se dexa prender y cautivar á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quiza, y aun sin quiza, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitarselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con qualquiera aliento que le toque: hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee, basta que desde lejos y por entre las verjas de

hierro gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos, que se me han venido á la memoria, que los oi en una comedia moderna, que me parece que hacen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro padre de una doncella que la recogiese, guardase, y encerrase, y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidro la muger;
Pero no se ha de probar
Si se puede, ó no quebrar,
Porque todo podria ser:
Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse:
Y en esta opinion esten
Todos, y en razon la fundo:
Que si hay Damas en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á ti te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti: que me la quieres quitar á mí, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello,

que el ser quien soy y tu amistad me obliga: de que quieres que te la quite á ti no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dio atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniendose por deshonrada, te toca á ti como á cosa suya su misma deshonra: y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion paraque su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y baxo; y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viendo que no por su culpa sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quierote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion paraque ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nuestro primero padre en el paraiso terrenal, dice la Divina Escritura, que infundio Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó á nuestra madre Eva; y asi como Adan desperto y la miró, dixo: *esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos*. Y Dios dixo: *por esta dexará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma*: y entonces fue instituido el divino sacramento del matrimonio con

tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos: y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad: y de aqui viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defetos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; porque asi como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, asi el marido es participante de la deshonra de la muger por ser una misma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado sinque él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por quan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores, que ahora estan sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar es poco; y que lo que perderas, sera tanto, que lo dexaré en su punto[1], porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta á mo-

1 En su punto. *Asi las primeras ediciones y las demas: si dixesen* en este punto, *parece estaria el sentido mas claro.*

verte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero enfin le dixo: con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanzas; y ansimismo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse: asique es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedaré contento, y tú habras cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es que estando yo, como estoy, determinado de poner en platica esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aven-

tura el honor que tú procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila entanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podras decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volvera tu credito al ser primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurandote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences dare por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas exemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle, paraque no la siguiese; y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con proposito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho: y asi le respondio que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaria quando á él le diese mas gusto. Abrazole Anselmo tierna y amorosamente, y agradeciole su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla: aconsejole que le diese musicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los

haria. A todo se ofrecio Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado.

Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fue pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche penso el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dixo á Lotario que se quedase alli con Camila entanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogole Camila que no se fuese, y Lotario se ofrecio á hacerle compañia; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia: dixo tambien á Camila que no dexase solo á Lotario entanto que él volviese: en efeto él supo tan bien fingir la necesidad, ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un esquadron de caballeros armados: mi-

rad si era razon que le temiera Lotario.; pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco entanto que Anselmo volvia. Camila le respondio que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y asi le rogo se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y alli se quedó dormido hasta que volvio Anselmo. El qual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyo que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como él quiso. Lotario desperto, y luego salieron los dos de casa; y asi le preguntó lo que deseaba, y le respondio Lotario: que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y asi no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciendole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa, que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa, quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en angel de luz, siendolo él de tinieblas; y poniendole delante apariencias buenas, alcabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dixo que cada dia daria el mismo lugar, aunque

no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedio pues que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os dare mañana dos mil escudos de oro paraque se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos paraque compreis joyas con que cebarla: que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os dare mas pesadumbre. Lotario respondio que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir denuevo; pero en efeto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dadivas y promesas, como á las palabras, y que no habia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba envalde. Pero la suerte que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dexado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerro en un aposento, y por los agujeros de la cerradura

estubo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vio que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara, si alli estubiera un siglo: y cayo en la cuenta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondio que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera y desabridamente, que no tendria animo para volver á decirle cosa alguna. Ah! dixo Anselmo: Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes, y á lo mucho que de ti confio! ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es asi, como sin duda lo es, ¿para que me engañas, ó porque quieres quitarme con tu industria los medios, que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dexar corrido y confuso á Lotario, el qual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, qual lo veria, si con curiosidad lo espiaba: quanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y menos sobresaltada, determinó

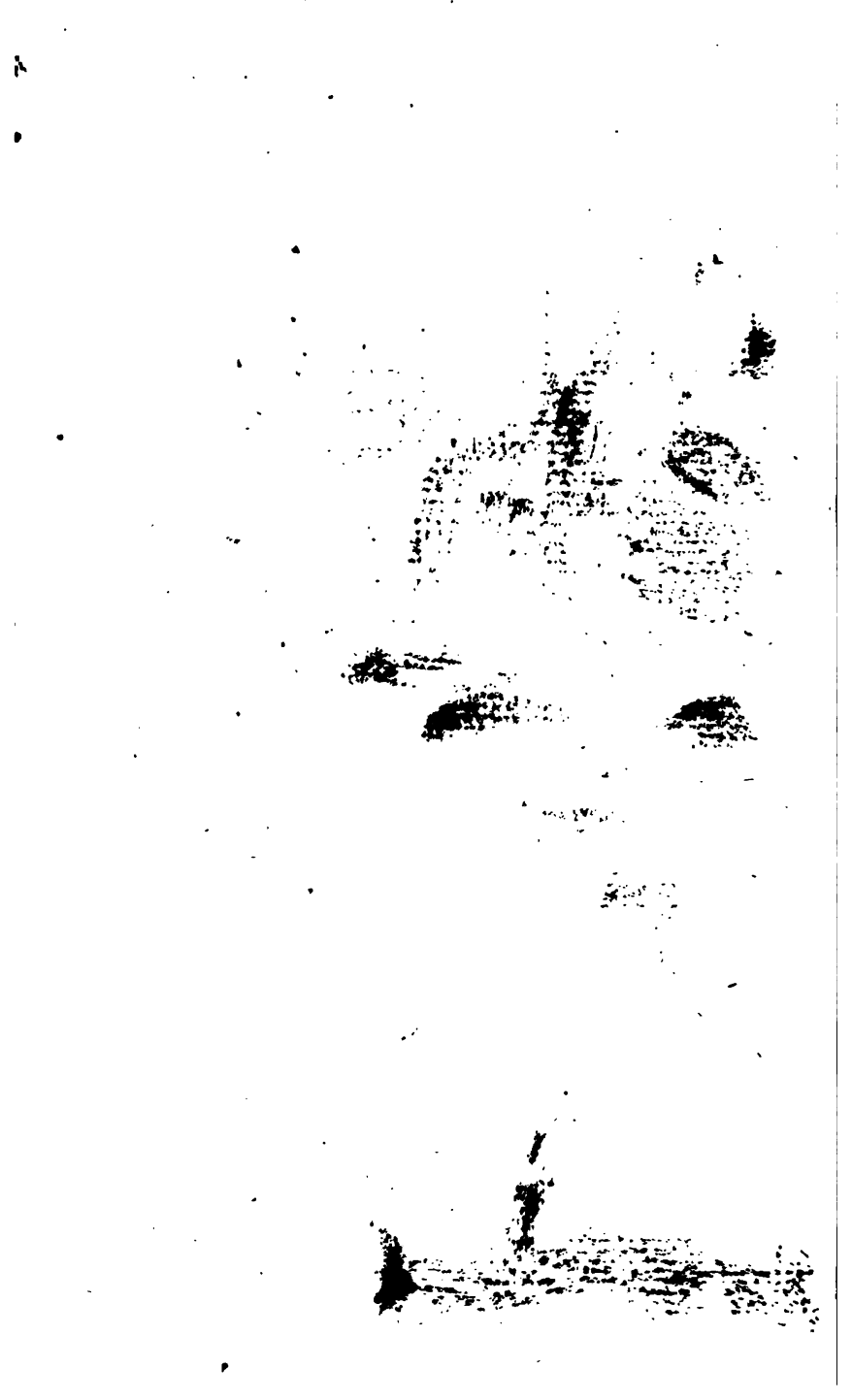
de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yendose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no lejos de la ciudad, con el qual amigo concerto que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti! Anselmo: qué es lo que haces? que es lo que trazas? que es lo que ordenas? mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion: buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para que quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniendote á peligro que toda venga abaxo, pues enfin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? mira, que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad:
Pero mi suerte, de quien
Jamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido

Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila que el tiempo que él estubiese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tubiese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligiose Camila, como muger discreta y honrada, de la orden que su marido le dexaba, y dixole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por esperiencia cómo para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza y obedecelle. Camila dixo que ansi lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fue recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la qual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera quando se levantaban los manteles, y la gente se iba á comer con mucha priesa porque ási se lo tenia mandado Camila; y aun tenia orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto te-

nia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antes los dexaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los estremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de marmol, no un corazon de carne: mirabala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba quan digna era de ser amada, y esta consideracion comenzo poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla: haciase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpabase á solas de su desatino: llamabase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad; y que si asi tubiera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efeto la hermosura y la bondad de

Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estubo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzo á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tubo en mas á Camila, la qual habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia qué hacerse; y pareciendole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribio estas razones.

532286